

¡Pobre bebé!: Cuentos frívolos

Francisco M. de Olaguíbel



FUNDACIÓN
Carlos Slim

¡Pobre bebé!: Cuentos frívolos

Olaguíbel, Francisco de
Cuento

Se reconocen los derechos morales de Olaguíbel, Francisco de
Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim
Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada
C. P. 11529, Ciudad de México. México.
contacto@pruebat.org

Cuando Luisa salió del colegio, acababa de cumplir dieciséis años.

Acostumbrada a la vida de internado, a la clausura estricta en que había pasado su infancia, no hubiera querido separarse jamás del plantel, seguir allí su existencia tranquila, no salir nunca al bullicio del mundo que la aturdió y la molestaba. ¡Estaba tan bien, tan contenta en esa vieja casa donde había vivido tanto tiempo! Todo el poema de su niñez se había desarrollado en el austero silencio de los dormitorios amplios y ventilados, en las clases severas, en la capilla penumbrosa y en los patios fríos; no conocía de la calle más que un paredón desmantelado que distinguía desde un corredor de estudio, a través de la reja de fierro casi cubierta de enredaderas blancas, y el camino que en coche recorría todos los años en las vacaciones para llegar a la estación del Ferrocarril Central, acompañada de su padre, y salir con rumbo a una hacienda que éste poseía en un estado lejano.

Un día, a la hora de recreación, y burlando la vigilancia de la prefecta, se asomó a la reja, atraída por un ruido de voces lastimeras que había llegado a sus oídos. Vio una mujer andrajosa que tendida en la calle, junto a los rieles del tranvía, tenía el rostro lívido y la boca contraída; sobre el vestido de percal de la infeliz vio una mancha de sangre; más allá el tranvía detenido por un gendarme, y las mulas soplando trabajosamente. Despavorida, huyó volviendo al patio, en donde se unió con sus compañeras, y sólo allí calmó un miedo que hacía latir con grandes palpitaciones su corazón medroso. Durante mucho tiempo, al recordar aquella triste escena, tuvo terrores que de noche la hacían acurrucarse en su camita estrecha, y jamás quiso volver la vista a la calle, como temiendo encontrarse con los ojazos abiertos y el rostro lívido de la atropellada.

Esta impresión la indispuso con la vida de afuera, haciendo que en su terror de niña cobarde le diera entidad y propio ser, figurándose como una mujer mala que manchaba con su hálito gigante de impureza. ¡No: decididamente el colegio era mejor! Tranquilo y quieto con apariencias de convento, la educación religiosa que en él se daba, era la que más cuadraba con el temperamento de Luisa. Bajo la estricta férula de las monjas —extranjeras en su mayor parte— la vida tenía una inmutable uniformidad que desesperaba a las educandas, pero que la niña practicaba puntualmente y sin asomo de disgusto.

Levantada desde muy temprano, pasaba con sus compañeras a la capilla del fondo del corredor, y allí, ante una escultura en mármol de la Virgen de los Dolores —

patrona del colegio— que había regalado el señor arzobispo, rezaba mucho y con gran unción. A esa hora matinal, a la luz pálida del sol naciente, la capilla entera parecía sonreír con el blanco inmaculado de sus muros y el dorado vivo del altar. El día entraba, débil, por las vidrieras de colores, bañaba los cuadros de asuntos místicos, chispeaba en los nimbos de las imágenes, prendía sus fulgores en el bronce de los candelabros, y pugnando con la sombra que flotaba en los confesionarios de caoba, iluminaba todo el lugar con rayos brillantes en los que bullían en incesante hervir átomos luminosos, como impalpables granos de sol.

Flotaba un aroma de incienso, un perfume místico, algo como un soplo de pureza dulcemente embriagante, y en esa atmósfera en que ondulaban frases de religioso sentido, vibraban a veces con suavidad las notas picantes de los gorriones que en las ventanas se esperezaban, esponjando alegremente su plumaje gris. Y en el altar del fondo, serena y sonriente, la virgen inmóvil entre los pliegues marmóreos de su manto, parecía que iba a extender la mano que apoyaba contra el corazón, para bendecir las cabecitas que humildemente se inclinaban ante ella.

Cuando salían de la capilla, ya el sol triunfal brillaba en el cielo limpio; y en el jardín lleno de gorjeos, inundaba los domos de verdura de los árboles que la brisa fresca de esa hora agitaba con suaves palpitaciones de abanico. Pasaban al refectorio un poco oscuro, y terminado el desayuno, la bandada de educandas se lanzaba a los corredores, llenando con francas risas el ambiente puro. Ya por el fondo, atravesaban la reja las externas, soñolientas todavía, acabadas de bajar del tren particular del colegio. Entonces empezaban los saludos: sonoros besos estampados en las mejillas sonrosadas por el aire frío, efusiones de un cariño loco; pláticas interminables, charlas en que salían de los labios encendidos narraciones de teatro y fiestas. Había una externa, rubia y parlanchina que siempre tenía que contar algo nuevo del circo.

Luego sonaba la campana llamando a clase y penetraban al salón, en donde la directora, de fisonomía bondadosa y mirada viva a través de los anteojos que sostenía a caballo sobre su nariz de pico de loro, las hacía leer en francés en un libro de piedad. La clase comenzaba después de un barullo de abrir y cerrar papeleras, de conversaciones ahogadas que una mirada de la madre interrumpía, de mil ruidos precediendo a un silencio profundo. Se pasaba lista, y después:

—Mademoiselle Jiménez, lisez à la page 114.

La alumna aludida comenzaba:

—La vie de Saint François de Paul nous offre...

—Un peu plus haut s'il vous plaît.

En la sala inmensa se oía sólo la voz de la educanda que leía, y a veces el acento cascado de la maestra corrigiendo la pronunciación.

Una hora duraba la clase, y durante ella, Luisa, abstraída, seguía con los ojos fijos la lectura, enterneciéndose con las relaciones de sacrificios cruentos de vírgenes heroicas y mártires abnegados, abrasándose con el fuego de santidad que salía de las páginas del libro.

Después las clases se sucedían ocupando todas las horas. Venía la comida en el mismo refectorio más lleno ya, aumentado el número de cubiertos por la presencia de las externas; escuchaban mientras estaban allí las educandas la lectura de un libro piadoso que en alta voz hacía una monja. Luego la recreación en los patios llenos de sol a la hora pesada de la siesta. En el fondo, subían en vuelo continuo hasta las persianas cerradas del dormitorio, bandas de moscas tercas y zumbonas, llenando con su vertiginoso movimiento los claros de luz que bañan el muro. El sol caía a plomo, resbalando por las altas paredes, besando las frondas inmóviles y tostando la menuda arena del jardincillo. Por el aire luminoso cruzaban rápidos como exhalaciones de colores los volantes desprendidos de las raquetas con que jugaban las educandas, mientras que, en un rincón lleno de frescura, sobre un banco rústico, alumnas grandes conversaban con serios ademanes de señoras de edad.

En la tarde, a las cinco, el mismo tranvía particular volvía a recoger a las externas, y era una bulla con que se mezclaban las alumnas de diferentes clases para precipitarse al interior del carruaje. El tranvía marchaba al trote pesado de las mulas, y cuando en el aire de la tarde repicaban los cascabeles de las colleras, todavía se escuchaban frases de adiós, jirones de despedidas, y cordiales carcajadas infantiles.

Entonces, mientras las compañeras se entretenían jugando o leyendo, Luisa se deslizaba por un corredor estrecho que iluminaba la púrpura encendida del poniente, y penetraba a un cuarto pequeño, amueblado por un catre de tijera y un baúl inmenso forrado de cuero y lleno de grandes clavos rojos por la oxidación. En esa habitación de estudiante, incómoda y escondida, vivía la madre Guiron. ¡Ah, qué buena era! Alta y delgada, de maneras varoniles y acento brusco, sabía dulcificar para Luisa su voz y hacer delicados sus modales. Era francesa, de Provenza, y con su gran estatura y sus miembros fuertes y secos, tenía un aire de campesina robusta y vigorosa. Llenaba la habitación pequeña con sus grandes ademanes de labriego, y con dulzuras desconocidas en su acento hombruno, preguntaba a Luisa por sus clases, se informaba de si había comido bien, y a una respuesta negativa, revolvía el fondo del baúl viejo, hurgando furiosamente para sacar un pedazo de chocolate o de galleta que le hacía comer con mimos y cuidados. Le contaba historias de su país, y al hablarle de las

costumbres de allá, toda la vida sencilla y alegre de la Provenza desfilaba en una verbosidad de locución verdaderamente meridional.

¡Oh, el país! ¡Las grandes landas desiertas, sembradas de pinos; los campos inmensos oliendo a lavanda y mejorana; los olivos plateados meciéndose en el cielo azul. Las tardes de cosecha, las carretas henchidas y tiradas por grandes bueyes que azuzan los mozos; a lo lejos la línea blanca de la mar, el sol ensangrentando las olas con un supremo fulgor de despedida, y en los viñedos, escondidas en las anchas hojas, las cigarras lanzando al aire su canción. ¡Y luego, en las noches estivales, a la luz rosada de la luna, bajo el cielo sembrado de estrellas como un manto imperial, brisas cargadas de perfumes embriagantes de limoneros en flor y de plantas aromáticas, y al fulgor que cae sobre la tierra fecunda como lluvia de rosas, la farandola al compás del pito y del tamboril, desenrollando sus anillos de culebra, extendiéndose, dilatándose, haciéndose pequeña y caminando, ágil y ondulante entre los boscajes llenos con cantos de ruiseñor, por las sendas estrechas, siempre alegre, derramando su música dulcemente monótona en la calma augusta de la noche!

Los ojillos grises de la madre Guiron chispeaban al decir esto, y siempre terminaba por decir a Luisa: “Va, bébé, nous irons là-bas!”

¡La buena madre Guiron! Llenaba a Luisa de cuidados, supliendo a la madre muerta, y le daba el cariño de su padre que apenas si hacía caso de ella. Le enseñaba con paciencia el francés, la había preparado para la primera comunión, vigilaba los menores detalles de su vida, cosiendo con torpes y gruesos dedos de paisana los desgarrones del vestido, o atándole al cuello en vísperas de examen, escapularios y medallas. En una enfermedad que había tenido en cama a Luisa durante diez días, la madre no se separó de ella, instalada a la cabecera del lecho, preparando las tisanas y cuidando de abrigoarla, sin dejar de referirle cuentos, nerviosa, atormentada por la enfermedad de la niña y repitiendo con las lágrimas en los ojos su cariñoso ritornelo: “Oh, mon bébé, mon pauvre bébé!”

Luisa adoraba a la monja. En ella había encontrado el cariño que le hacía falta, las ternuras que no conocía, pues su madre murió horas después del nacimiento de ella, y su padre, viejo soldado, nunca la acarició sino fría y militarmente. La madre Guiron era para ella un ángel, y a veces viéndola tan buena y tan afectuosa, se maravillaba la niña de que no tuviera un par de alas espléndidas en sus espaldas tias y delgadas.

Por la noche, después de la cena y de las oraciones de esa hora, se retiraban las alumnas al dormitorio. Era éste un gran salón lleno de camitas estrechas, cubiertas por colchas de deslumbrante blancura; junto a cada cama la mesa de noche, y sobre ella

una imagen religiosa. Luisa tenía a su cabecera un corazón de cristal en cuyo centro se encuadraba una deliciosa miniatura representando la Virgen María.

Cuatro lámparas pendientes del techo iluminaban débilmente el salón, y en el fondo, junto al lecho de una monja que acompañaba a las educandas, una veladora que ardía siempre con rojizas intermitencias ante una estatuita de la patrona. Cuando Luisa despertaba en la noche, veía siempre esa lucecita vacilante, y entonces tranquila, volvía a dormir su sueño pesado de niña.

En las mañanas, la luz entraba a torrentes por cuatro grandes ventanas, y era un despertar alegre de risotadas infantiles y buenos días cruzados de un extremo a otro de la vasta pieza, llena con los gorjeos de todas esas vocecitas. Luego las niñas se ponían de rodillas para hacer su primera oración, cerrando los ojos que todavía entorpecía el sueño, y cruzando las manos. La monja paseaba por toda la pieza, rezando también y despertando cariñosamente a las perezosas. Mientras tanto, por los cristales penetraba la luz desvaneciendo el fulgor de la veladora y bañando ese cuadro con un tinte de pálida dulzura. ¡Oh, la existencia tranquila del colegio!

Bruscamente la vida de Luisa sufrió un cambio radical. El padre —don Casto— quiso tener a su lado a la niña, bastante grande ya, según él, para manejar una casa. Repentinamente avisó a la directora su resolución, y a los pocos días llegó por Luisa; apenas había tenido tiempo para darse cuenta de la mudanza, y obediente y resignada, se despidió de todas las compañeras y maestras, pero al llegar al corredor estrecho sintió que lloraría al despedirse de la madre. Sentada en el viejo baúl, la monja, con un desbordamiento de palabras, la reprendió porque lloraba, pero Luisa vio que también los ojillos grises de la madre estaban humedecidos por el llanto. Luego, al recorrer con ella el corredor para llegar a la dirección, en donde la esperaba su padre, todo el pasado infantil resucitó en su memoria; le pareció que de cada muro, de cada árbol, de cada hoja se levantaba una voz que la atraía, no queriendo dejarla partir, y sintiendo renacer en ella el miedo a la vida de afuera, se abrazó a la monja, diciendo con voz ahogada por el llanto: “¡No quiero, madre!...”

Pero ya en la dirección don Casto esperaba, muy correcto, con su traje negro de corte militar, y hubo que separarse. Llovía mucho; la tarde nebulosa de otoño, llena de tristeza, parecía adunarse a la pena de Luisa. Don Casto, con afectada cortesía, ofreció su brazo a la niña, y abriendo el paraguas atravesó el espacio que separaba el vestíbulo de la reja. La madre Guiron corrió detrás, sin cuidarse de la lluvia que caía en gruesas gotas. En el corredor un grupo de alumnas miraba el cuadro, muy asombradas de que hubiera quien llorase por dejar el colegio.

Rápidamente, don Casto saludó con ceremonia a la monja, e hizo subir a la niña al elegante cupé que esperaba, y entonces mientras su padre daba al lacayo una dirección que ella no oyó, sintió una angustia infinita, un deseo vehemente de no partir, de no dejar el colegio, un miedo que estremeció su cuerpecito anémico y un terror de esa vida de afuera, de esa existencia a que se la lanzaba. Volvió la vista, arrojó un beso a la monja ya empapada por el chubasco, y oyó el acento con que le gritaba, no sabiendo qué decir: "Adieu bebé". Después, desconsolada, se arrojó sollozante a un rincón del cochecito. Don Casto, siempre correcto, encendía un puro, y el cupé, a todo el trote del caballo, la arrastraba por las calles lodosas a la vida ignorada, a la existencia, de bullicio que no conocía y que la asustaba.

Al estallar en México la guerra de Intervención, don Casto —entonces joven—, que vivía en la hacienda de La Trinidad al lado de sus padres, determinó armar a los milperos de su propiedad, facilitándoles viejos fusiles de chispa y machetes mohosos, y lanzarse a la bola.

A la hacienda, situada en un estado lejano, llegaban las noticias de sensación débiles y desvirtuadas, como un eco incierto de los acontecimientos que conmovían el país. Se sabía vagamente que un poderoso ejército había desembarcado, se hablaba de los zuavos con respetuoso temor, como de héroes legendarios; y los labriegos, sin conocer la causa de la guerra, sólo sabían por los sermones del cura de San Francisco, pueblo inmediato a la hacienda, que los invasores iban a devolver al clero los bienes que el Gobierno le había quitado, a restablecer en su esplendor a la Santa Iglesia y a poner las cosas en su lugar. Don Casto, tan ignorante como sus convecinos, creía tan sólo que eso estaba bien, y siendo atrevido por razón de su juventud, quiso también tomar parte en la lucha.

A la cabeza de su tropa, salía de la hacienda una madrugada, y después de caminar a ciegas, tomando informes en los pueblos y rancherías, cayó una mañana en un campamento reaccionario. El jefe de aquella guerrilla, viejo soldado muy religioso, dio de alta a los milperos de don Casto, y lo nombró a él desde luego capitán.

Era el coronel don Justo Hernández, que así se llamaba el guerrillero, un indio robusto, de facciones vigorosamente acentuadas, fanático en exceso, y vengativo y cruel como el mejor. Mataba a sangre fría con la mayor serenidad, y muchas veces lo vio el joven Casto interrumpir el rosario que rezaba todas las noches, para ordenar un fusilamiento. Por lo demás, en cuestiones estratégicas y en todo lo que se relaciona con la ciencia de la guerra, don Casto era un perfecto ignorante.

A las órdenes de este jefe hizo don Casto la campaña durante un año, y al cabo de él pasó al lado de un general viejo y elegante que había figurado en la buena sociedad mexicana en la época de Su Alteza Serenísima, y que nombró al joven su ayudante.

Cuando el archiduque Maximiliano hizo su entrada en la capital y la corte se instaló en México, el general fue llamado para ocupar un puesto en la casa militar del

emperador, y llevó consigo a don Casto, a quien colocó en la oficina de su mando. Aquella había sido la mejor época de su vida. Rico, pues sus padres habían muerto dejándole en propiedad la hacienda, joven, con acceso por la protección del general, a los salones de la corte, había asistido a todas las fastuosas diversiones del Imperio y contemplado con un deslumbramiento de campesino el lujo y la riqueza de los entretenimientos imperiales.

Los bailes suntuosos en los salones de Palacio, las recepciones, aquellas procesiones cívicas cuyo programa se decretaba, y ese torbellino de uniformes extraños, de títulos creados, de galones que no conocía; oro en los entorchados de las casacas, en los relieves de las carrozas, en las cruces y condecoraciones, en las cabelleras de las damas de honor extranjeras, en la diadema de la emperatriz. ¡Una brillante cascada de riqueza, un alud gigantesco de fortuna, un derroche inusitado de grandeza y pompa! Y luego, la distinción presidiendo todos los actos oficiales, la vida diaria ajustándose al cartabón de la más estricta etiqueta, a un formulario completo de cortesía que los chambelanes estirados practicaban a todas horas. Y esas bellezas exóticas que acompañaban a la soberana, mujeres blondas y esbeltas, de una blancura nevada en sus trajes regios, marquesas y condesas, de apellidos extraños erizados de consonantes. Y allí entre los colores brillantes de los vestidos femeninos —luminoso arcoíris de matices resplandecientes—, la nota grave del traje de un prelado que entornaba fervorosamente sus ojos claros, de gato voluptuoso.

En esa escuela aristocrática fue donde don Casto tomó el barniz de elegancia que había conservado y que tanto le distinguía. ¡Ninguno como él para llevar con gallardía los marciales bigotazos y el levitón oscuro de corte militar!

Pero ese reinado efímero pasó. La riqueza que se había formado con un jirón del peplo de la República, desapareció como si sólo hubiera sido una fantasmagoría vistosa de caleidoscopio; Maximiliano fue fusilado, México cayó en poder de las fuerzas liberales, y los servidores del Imperio, entre ellos el general, tuvieron que huir. Entonces don Casto se retiró a La Trinidad, mientras podía volver a México; arregló las cuentas de su propiedad que andaban muy mal, y por fin, tranquilo ya, y asegurada una renta al mes, regresó a la capital, reanudando su vida de solterón elegante.

Más tarde, cuando hubo sentado un poco la cabeza, pensó en establecerse seriamente y se casó. Su mujer, jovencita espiritual que él había conocido casi niña en tiempo del Imperio, murió a los dos años del matrimonio, de resultas de un parto, y dejándolo solo con una niña, fruto de esa unión.

Los primeros años de la niñez de Luisa estuvieron al cuidado de una tía, celibataria empedernida, que consintió en vivir en la casa de don Casto y cuidar a la

chiquilla. Él, por su parte, pasado el luto, se sintió arrastrado a su anterior existencia, y abandonó a su hija a las dudosas atenciones de la tía gruñona.

La vieja y la niña eran los únicos habitantes de la parte alta de la inmensa casa, pues don Casto pasaba el día fuera, en sus negocios, como él decía, comiendo casi diariamente en el Tívoli y retirándose muy tarde. Sólo en las mañanas, antes de salir, veía a su hija, pero fríamente, sin tener para ella caricias delicadas ni mimos paternos. Luisa creció, y tuvo que buscar cariño en la vieja tía, que siguiendo la educación recibida por ella, practicaba puntualmente el antiguo sistema y pegaba a la niña siempre que tenía algún capricho infantil que disgustaba a la solterona irascible y biliosa.

Así aprendió Luisa las primeras letras en un viejo Año cristiano, con la tía siempre enojada y con un respeto mudo y religioso para don Casto. Le parecía imposible el ser hija de ese señor tan bien vestido y elegante, ella de quien nadie hacía caso. Se pasaba las horas muertas sentada junto a la vieja que leía libros de antigua factura, obras de devoción o novelas de capa y espada, interrumpiendo la lectura para sonarse ruidosamente con un paliacate floreado de amarillo sobre fondo rojo, o para arreglar un cigarro con tabaco que tomaba de una batea de Uruapan y que fumaba silenciosamente encorvándolo entre sus dedos arrugados y amarillos.

Luego, repentinamente, la tía murió y Luisa pasó al colegio en calidad de interna. Su padre la visitaba todos los domingos, y cada año la llevaba a La Trinidad. Mientras ella pasaba el tiempo en el establecimiento de educación, don Casto, que había sido electo diputado, se sentía atacado de la manía política. Comía una vez a la semana con el señor ministro, que lo apreciaba mucho, y pasaba todas las tardes en la Cámara. Por la noche, en un club, don Casto, a quien todos llamaban el Coronel, empeñaba, irreprochable siempre, un juego de cartas con un abogado muy joven y un viejo hacendado que se quejaba a toda hora de las lluvias o de la sequía. Además, don Casto —que nunca había justificado su nombre— solía ir a las tandas a embelesarse con el espectáculo pornográfico de una tiple desenvuelta, o acudía a citas turbias en callejuelas extraviadas.

Por las mañanas se levantaba temprano, sometido a un régimen higiénico que era el secreto de su prodigiosa conservación. Podía desordenarse, pero siempre se le veía erguido y fuerte a pesar de las ojeras que cercaban sus ojos de águila.

Y en esa vida de elegante negligencia, días pasados en el Ministerio y el Congreso y noches de club y gabinetes reservados, nunca por su cerebro pasó la idea de la niña rubia, la pálida enclaustrada. Solamente, cuando con la edad se despertó su egoísmo, pensó en Luisa ya crecida y que podía ponerse al frente de la casa que sufría

un desbarajuste atroz. ¡Qué diablo! Ya la Güera era grande y debía vivir con su padre que tanto la quería! Y decía esto convencido de que era la verdad, seguro de haber sido cariñoso para ella, sin advertir que la niña, educada lejos de él, apenas si conocía el metal de su voz ronca y el corte marcial de sus bigotes cuidadosamente teñidos.

Don Casto tuvo un furor de orden: las desveladas le hacían daño, cierto que él era vigoroso, pero esa vida acabaría con cualquiera; y no, en lo de adelante mucho método y nada de descarrilarse.

Entonces fue cuando retiró del colegio a Luisa, cumpliendo al principio con el deber que se había impuesto, de vivir sosegadamente en su casa y al lado de su hija, pero volviendo después de un mes de tranquilidad a las andadas, sorprendiendo agradablemente a sus compañeros de club, que habían dejado de verlo y a quienes explicó su ausencia con aire enternecido de padre cariñoso. Fue una noche de júbilo aquélla, pues todos los socios querían bien al coronel.

Luisa, despojada del cariño de sus compañeras de colegio, instalada en la casa de su padre, no encontró allí el afecto que buscaba. Don Casto llevaba a comer todos los días a amigos suyos —viejos políticos o jóvenes del club—, y en esa sociedad la joven sentía más su aislamiento, considerándose como extraña. Al año de haberse separado del colegio, conoció allí a Miguel Mora, hijo de una buena familia del interior y que venía de Europa, en donde se había educado.

Muy elegante, con ojos apagados de hastío, parecía estar siempre triste. Hizo la corte a Luisa con su aire melancólico, soñador, decepcionado, y ella, impresionada por ese desaliento extraño, creyó adivinar en el tedio de buen tono del clubman un sufrimiento muy hondo que ella podría aliviar. ¡Imaginaba conocer a ese joven pálido a través de las estrofas de Musset! —un librito encuadernado en piel de Rusia que el mismo Miguel le obsequió.

Luisa le amó locamente, y cuando don Casto, a quien él habló de una manera formal, dio su consentimiento para el matrimonio, llena de gusto pensó saciar para siempre esa infinita sed de ternura nunca satisfecha.

El matrimonio se verificó, los periódicos publicaron la crónica de la elegante ceremonia, con grandes elogios a los desposados y augurándoles eterna felicidad. ¡Tendrá que ser —decía don Casto—, porque mi hijita es muy buena y el pollo muy caballerito!

III

Después de la boda, como don Casto no quiso que su hija se separase de su lado, se hizo arreglar tres piezas que le servirían de habitación, completamente separadas del resto, que dejaba a los desposados; Miguel, que apreciaba mucho al coronel, aceptó, y Luisa quedó muy contenta de la determinación.

Entonces, ya con la legítima autoridad que su carácter de ama le daba, pudo reformar el vetusto edificio, comenzando por el corredor, en donde hizo poner macetas nuevas y jaulas con pájaros que todo el día cantaban. Cambió los muebles oscuros y cubiertos de lona que había en el salón, por otros pequeños y frágiles de asientos blandos, muy distintos de los antiguos sillones enormes que parecían provenir del tribunal de la Inquisición. Con gran arte que de nadie había aprendido, llenó la pieza de poufs pequeños como escabeles que parecían esperar a una marquesa, muy graciosos con el dorado de sus pies finos; tête-à-tête de seda de vivos reflejos, divanes muelles, sofás miñones, cojines caprichosamente bordados, biombos de seda china recamada de oro, cortinas espesas, gruesa alfombra y mármoles, bronces, porcelanas: las mil adorables chucherías de un elegante bibelotage. En un ángulo, un Steinway destacaba en la penumbra su masa negra y reluciente.

Después del salón, tocó su turno a las alcobas, la antesala y, por último, el comedor. La casa cambió de aspecto, como si con Luisa hubiera entrado la luz a torrentes, perdiendo su frialdad y convirtiéndose por encanto en un nido de luna de miel. Sólo las habitaciones de don Casto —último baluarte del arcaísmo en fuga— permanecieron lo mismo, con grandes armarios y un lecho monstruoso cubierto por un edredón. Colgaban de las paredes desnudas y frente a frente dos retratos —todo el pasado del coronel—, Maximiliano y Carlota, malas pinturas con viejos cuadros dorados que se caían a pedazos enseñando a trechos el yeso de las molduras.

Al principio, y a pesar de las instancias de su padre, Luisa no quiso recibir; estaba muy bien, no deseaba visitar, después podría ser, había tiempo. Por las mañanas, con risas de alondra, preparaba ella misma el té de Miguel, cortando estrechas tajadas de pan dorado que cubría de mantequilla, sirviendo el líquido humeante en la tacita de porcelana, disponiendo todo en una charola cubierta por una servilleta con su cifra. Era éste un encargo que por nada del mundo hubiera dejado a una sirvienta y que cumplía

con alegría, llevando ella misma el té al vestidor de Miguel y contemplándolo mientras él lo tomaba. Le ayudaba después en los detalles de tocador, anudándole la corbata y perfumando el pañuelo; cuando él se iba ya, todavía le acompañaba borrando con la mano los pliegues de la levita. Luego, mientras él bajaba la escalera, era una serie de recomendaciones que no tenían fin: no escribas mucho, porque puede hacerte daño; vendrás pronto, ¿verdad? Y lo seguía con miradas de pasión hasta que montaba al coche, corriendo entonces al balcón para ver alejarse el cupé que daba vuelta en la primera esquina.

Luego volvía al vestidor y se ocupaba en arreglar los objetos que Miguel, con el desorden de un hombre acostumbrado a vivir en hotel, dejaba regados en todas partes; doblaba cuidadosamente la ropa, recogía los botones y alfileres que encerraba en un cofrecito, sobre el tocador; cerraba los botes de pomada y ponía en regla todo, ocupándose de esto con un gran placer al tocar el frasco que su marido había tocado, la corbata que llevaba la víspera, el bastón que usó el día anterior.

Después, estudiaba en el piano partituras que a él agradaban o trabajaba en algún obsequio que siempre tenía para sorprenderlo: pañuelos bordados o sachets para guantes. Trabajaba con minuciosidad, volviendo la vista a un relojito suizo, del que, al dar la hora, salía una paloma que cantaba, como para burlarse de su impaciencia.

Por fin, daba la una y a los pocos momentos se oía el rodar del cupé que entraba al patio. Luisa salía al corredor, y al llegar Miguel comenzaban las mil preguntas de niña inquieta con que lo asediaba diariamente. ¿Estaba muy cansado? ¿Había trabajado mucho? ¿Quería comer ya?... y de pronto, “¿Qué me trajiste?” Y esperaba anhelante, mientras Miguel lentamente extraía del bolsillo el obsequio —casi siempre un paquete de bombones—. Entraban, y mientras Miguel tomaba su vermouth, esperando a don Casto, que siempre llegaba tarde, ella acurrucada en un silloncito junto a él, devoraba las pralinas o los pistaches, con un crujir de sus dientecitos menudos. En la mesa hacía poner su cubierto enfrente del de Miguel para mirarlo a sus anchas, sin cansarse nunca de ello. Por la tarde iban juntos a la Reforma, y ella, orgullosa de ir al lado del joven, se erguía en la duquesa, como queriendo decir a todo el mundo: felicítadme por mi hermoso marido.

Rara vez iban al teatro, pues ella prefería pasar las veladas en el salón. Mientras Miguel leía su correspondencia y los periódicos del día, ella tocaba el piano, evocando las melodías brumosas de la música alemana que se desgrana sollozante en Schumann y gime con tristeza en Weber. Pero su autor favorito era Chopin, a quien interpretaba con gran sentimiento artístico, con manos que aleteaban como mariposas blancas, en

los valeses, o se resbalaban lentamente, como palomas heridas al despertar el grito lóbrego de la Marcha fúnebre —esa elegía de un profundo dolor— en la línea pálida del teclado. En esa música sollozante, en esas notas trémulas que vibran tan hondamente, estremeciendo las fibras más ocultas, creía encontrar la misma tristeza vaga y flotante de las pupilas de Miguel, esa misteriosa pena de una herida oculta y sangrienta que ella no había podido descubrir.

Miguel por su parte estuvo contento al principio, pero acostumbrado a su absoluta libertad de soltero, no podía habituarse al nuevo género de vida, que ya comenzaba a disgustarle. El que antiguamente se retiraba a su cuarto del hotel al clarear el día, después de pasar las noches en el club, jugando baccarat, jamás hubiera comprendido que existiera gente que a las diez se acostara. Si así lo hacía ahora, era únicamente impelido por su nuevo estado; pero seguramente que hubiera preferido tallar en el Círculo o fumar un puro paseando en el boulevard. Y no era que dejase de querer a Luisa o que su compañía no le agradara, sino que la educación francesa había soplado sobre sus sienes un aura de libertad orgiástica y de hábito de independencia de que no podría ya desprenderse, aunque quisiera. Además, él se había casado con la hija de don Casto, enamorado, es verdad, pero enamorado con un fuego tibio, que después de varios meses de matrimonio se apagaba en su helado escepticismo de vividor gastado, dejando lugar a un afecto tranquilo de hermano mayor que no cree faltar a sus deberes con escapatorias nocturnas. Se contenía sin embargo, refrenado por el cariño de Luisa, que le mimaba como si estuviera convaleciendo de una larga y penosa enfermedad, creyendo siempre que en el alma de su marido se ocultaba un secreto pesar.

Pasaban así los meses, ella en reverente contemplación y él dejándose adorar, apreciando muy sinceramente a su joven esposa, cuando un acontecimiento inesperado vino a empujarlo a su antigua vida.

Se anunciaba en México una compañía de ópera bufa, y él, que adoraba este espectáculo, tomó un abono. La tercera noche, con una sorpresa indecible, reconoció en una de las tiples que representaban los segundos papeles, a una muchacha muy alegre que en París trabajaba en un café-concierto del boulevard y con la que sostuvo relaciones algún tiempo.

Toda su juventud renació entonces; los largos días de tediosa clausura escolar, los anhelos feroces de sus ardores juveniles que despertaban desbordando en vigoroso torrente, aquel encanto infinito de la primera pasión, las caricias delirantes, los abrazos que ahogan y los besos mordentes y vibradores, el inmenso deleite de los largos espasmos y de las adoraciones primeras; subió a su rostro un hálito de aquel

tiempo, que enrojeció su frente e incendió sus pupilas color de acero. Aquella pasión carnal le rozó con su soplo impuro de bacante y le hizo olvidar el amor casto, el cariño blanco que junto a él sonreía.

Salió del palco, dejando a Luisa con su padre, y se paseó impaciente y nervioso, queriendo ahuyentar ese recuerdo que fustigaba su sensualidad de macho, pero en vano. Veía a la divetta, como la conoció, entonando una canción equívoca, mientras elevaba sus brazos torneados, y con los ojos entrecerrados dejaba escapar una sonrisa de sus labios rojos, que en medio del rostro blanqueado por la pintura, se abrían como los pétalos de una flor de lujuria, de donde se desprendiesen perfumes picantes y turbadores. Veía el traje fantástico, la enagüilla abigarrada, la media de seda rosa y negra, el corpiño muy bajo, y el enorme sombrero de terciopelo rematando con un pompón de cascabeles, que al terminar la canción reían alegres, agitados por la oscilación de la cabecita rubia.

Triunfaba la cortesana; el amor loco de besos furtivos mariposeaba en torno suyo, y el immaculado afecto lloraba silenciosamente. Miguel bajó la escalera, y atravesando por entre los grupos de gente que llenaban el pórtico, penetró al foro. En ese momento se arreglaba una decoración que los maquinistas afirmaban con grandes martillazos; un actor repetía su papel al apuntador, que no podía oírle con el barullo del entreacto.

Se deslizó Miguel entre un hacinamiento de cuerdas y útiles, y habiendo preguntado por el cuarto de la actriz, se dirigió a él. La tiple en ese momento se pasaba por el rostro una gran borla empapada en polvo de arroz; al oír los pasos volvió la cara y reconociendo a Miguel:

—Ah!, mon cher!...

Y con gran descaro, sin cuidarse de la gente que la veía por la puerta que Miguel en su precipitación olvidó cerrar, le dio un beso prolongado en la boca, apoyando con fuerza sus labios pintados contra los pálidos del joven fascinado.

Después, mientras con un lápiz oscuro se pintaba grandes ojeras, le hablaba: ¿se había acordado de ella?, era muy cortés eso de su parte, y le pedía detalles de su vida... ¿se había casado?... sí, todos se ponían en orden menos ella. Y habiendo terminado, se volvía diciendo: "Que tu es gentil, mon petit Mexicain", cuando el director de escena dio los tres golpes tradicionales del teatro francés. Iba a alzarse el telón, y ella se marchaba porque tenía que estar lista, pero él iría a verla, ¿no es verdad?... Hotel Iturbide 27; y besándolo otra vez, corrió a su puesto, preludiando en voz baja las primeras notas de su entrada.

Miguel volvió al palco y hasta el fin de la representación estuvo muy turbado. Al regresar a su casa, todavía respiraba persistente y tenaz el perfume embriagante de aquellos dos besos dados a la carrera.

* * *

Al día siguiente el cupé volvió solo, y el cochero entregó a Luisa una tarjeta en que Miguel le rogaba no le esperase a comer, pues estaba obligado a asistir a un banquete político.

La joven sintió una gran cólera, y en la mesa no quiso comer casi nada, a pesar de las instancias de su padre. Luego, ya sola en su habitación, estuvo llorando hasta en la noche.

IV

—El señor Martínez, de quien te he hablado.

“Mi hija Luisa.”

En estos términos banales se expresaba el coronel. Luisa sonreía graciosamente, y el señor Martínez se inclinaba con respeto. Era joven y vigorosamente conformado, de una irreprochable corrección, con su corbata enorme y su ancho pantalón claro. Comenzaba su carrera periodística con gran éxito, escribiendo viriles artículos en un diario de la capital, y había publicado ya un tomo de versos.

Luisa miraba con atención, tratando de descubrir bajo el elegante traje del joven al bardo sufriente de estrofas aladas. Había leído sus versos, composiciones dulces, con una melancolía de tarde de otoño, cantos empapados en un tenue hastío palpitante, y sin embargo, nada en el personaje dejaba ver esa angustia que derramaba en su poesía, ligeramente romántica y en extremo musical, llena de armonías y de arpegios. Repetía en la memoria el final de una de las poesías brumosas que de él había visto, cuando el coronel interrumpió su meditación:

—A Luisa le gustan mucho los versos...

—¡Ah, sí, mucho! ¡Y los de usted son tan bonitos y tan tristes!...

Y habló con gran entusiasmo de la poesía. No le gustaba la desesperada y blasfematoria, de grandes exclamaciones patéticas e impías; tampoco la amorosa y dulzarrona que siempre agotaba el mismo invariable repertorio de frases; le encantaba la resignada, la dolorosa, la buena, que no increpaba y sufría sin gritos. Por eso le gustaba la de Pedro Martínez, sin afectación y muy sencilla con su natural belleza.

Él la escuchaba, muy asombrado de encontrar esa claridad de apreciación y esa exquisita sensibilidad artística en una mujer que hubiera jurado no era competente, y maravillado de que no fuera bas-bleu, oyéndola hablar sin énfasis dando la frase justa y haciendo comentarios tan razonados. No la conocía antes; el coronel lo había llevado, y él aceptado; creyó encontrar en ella el perfil común, una mujercita que cantara romanzas acarameladas y ejecutase en el piano valeses atropellados. Y ahora se sentía mejor, oyéndola hablar y después tocar a Chopin. Esa música le estremeció, y a su vez tomó la palabra:

—¡Ah, Chopin, el nostálgico polaco, el soñador enfermo, el enamorado del inmenso ideal! Y su música... notas arrebatadas por una racha de desesperación; armonías que arrastra un viento desolador; arpeggios que suspiran, cubiertos por un velo de sutil neblina; cadencias que gimen; voces trémulas que sollozan; y el dolor, y el profundo dolor, el infinito desaliento palpitante, estremeciéndose, volcando la urna de sus sonidos enlutados, pasando sobre el piano, hipnotizador y fascinante, ese soplo que despierta las penas entumecidas, los desconsuelos que duermen, ahondando las heridas que nunca cicatrizan, y dando al espíritu el estremecimiento de una tristeza sobrenatural. ¡Música extraña que, según el poeta francés: frissone toute!...

Después siguieron hablando; Luisa tocaba el piano, Pedro recitaba versos, y el coronel escuchaba distraído. Aquella primera visita se prolongó, y cuando por fin hubo que despedirse, el poeta, que salía dando el brazo a don Casto, se fue extrañamente impresionado por la inteligente joven rubia.

Luisa meditó un momento en ese hombre tan elegante, que hablaba tan bien y que sentía tanto. Debía ser muy bueno, con aquella mirada franca en la que podía leerse, y los sinceros entusiasmos por el arte que, según decía él, era su religión. Luego pensó en su marido, a quien esperaba con ansia, y reflexionó... "¿Por qué es él malo conmigo, si me hace tanto daño y sabe cuánto le quiero?..."

Miguel, en efecto, comenzaba a entregarse a la vida de libertad a que estaba acostumbrado y que tanto hacía sufrir a Luisa. Con frecuencia dejaba de ir a comer, y solía llegar tarde en la noche, dándole aviso antes, disculpándose con mucha cortesía.

Los primeros días que esto sucedió, Luisa tuvo grandes crisis de llanto, sufriendo mucho por este abandono; luego ella misma trató de consolarse, diciéndose que Miguel debía disfrutar de algunos fueros, que tenía que atender a sus negocios, y que sobre todo, no era posible que pasara el día cosido a sus faldas. Se tranquilizaba por algún tiempo, viéndole tan atento, tan afectuoso con ella, y se acusaba entonces de haberlo supuesto capaz de engañarla; pero después, cuando recibía una nueva tarjeta, de letra menuda, en que con frases melosas, le avisaba que tenía una ocupación, volvía a enfadarse y a llorar, tomando grandes resoluciones para lo futuro. Sí, ella tenía la culpa por tonta, debía mostrarse enojada, a lo menos sería con él; y se proponía con gran firmeza hacerlo. Pero cuando lo veía llegar, siempre sonriendo, y darle los bombones, mientras le saludaba, su valor desmayaba, y no podía más que dar a sus grandes ojos una expresión de cariñoso reproche. La turbaba su marido, con su refinada elegancia, con esa negligente tranquilidad que nada hacía variar, y sobre todo con la mirada fría de sus pupilas apagadas.

¿La engañaría Miguel?... Había tratado de averiguarlo entregándose a innumerables pesquisas de mujer celosa, buscando pruebas que en el fondo deseaba no encontrar, preguntándole a su llegada en dónde había estado, y examinándolo al mismo tiempo con atención para ver si se turbaba, escudriñando su ropa para encontrar una carta, una flor, cualquier cosa que fundara sus sospechas; pero, ¡nada!, él muy tranquilo contestaba siempre complaciéndola, dándole cuenta del empleo de sus horas, y en el armario no encontró nunca datos de acusación.

Sin embargo, Miguel, desde la noche del teatro, había cambiado de vida. Los almuerzos de negocios eran sólo pretexto para comer con amigos de ambos sexos en senadores del Tívoli. Consagraba pocas horas al despacho, y volvía con más asiduidad al Círculo. La tropa de compañeros suyos reconocía de nuevo al hombre correcto, famoso jugador y afortunado homme à femmes, al inseparable amigo de largas veladas en el club. Recobraba su prestigio de calavera volviendo con mayores bríos a la pasada existencia de que se había apartado por tanto tiempo, y lo hacía con tranquilidad, sin hacer públicas sus aventuras por respeto a su mujer, pero creyendo firmemente, gracias a su educación europea, que no era malo lo que hacía, porque el casamiento no era un lazo opresor, sino una alianza afectuosa que la vida social exigía a cierta edad.

Pensaba como el príncipe ruso de Richepin, que on n'est volé, que quand on s'en aperçoit; y como su mujer no sabía nada, pues él tenía cuidado de evitarlo, creía no engañarla y estaba seguro de no causarla intranquilidades. Luisa, educada en un colegio, ¿qué sabía ni qué podía suponer de la vida de su marido?

Y con esta seguridad se aturdiría alegremente, transformándose de tal modo en la calle, que no podría creerse que aquel jovial camarada, dispuesto a todo, fuese el mismo que en su casa tomaba el aire abrumado de trabajo y lleno de cansancio que, después de un día de ruda faena, hubiera tenido un viejo burócrata, consumido entre los libros de caja y los legajos polvosos y amarillos de una negociación.

Mientras tanto, Pedro había vuelto a la casa, visitando con frecuencia al coronel, que lo estimaba sinceramente, siendo muy bien recibido por Luisa y con indiferente amabilidad por Miguel.

El poeta no podía engañarse: amaba a Luisa primero débilmente, pero poco a poco con más fuerza, aumentando en intensidad su cariño a cada visita, conteniéndose por una caballerosidad que le había hecho querer sofocar su afecto sin conseguirlo. Amaba en ella a la mujer inteligente, a la belleza delicada, de finos contornos y perfil lleno de majestad, el espíritu débil que él conocía sufrir, lanzado al hirviente mar de la vida sin más apoyo que el frágil y vacilante de Miguel. La amaba con un cariño de

épocas pasadas, con una pasión de la Edad Media, caballeresca y poderosa, con ese amor que hacía valientes justadores en el torneo y heroicos paladines en el peligro. Poco a poco, sin sentirlo casi, se había acostumbrado a pensar en ella y a apreciarla, y un día que había ido a visitarla se sorprendió mucho, cuando al saber que los amos habían salido, experimentó un sentimiento extraño de desaliento, como si una cita se le hubiera frustrado. ¡Se había habituado tanto a ella! Y entonces, mientras recorría las calles, examinándose interiormente, conoció que la amaba.

Por su parte, Luisa, a quien cada día enfriaba más la cortés indiferencia de su marido, se apercibió también del sentimiento de Pedro, que no lo ocultaba, deteniendo sólo la declaración, que no hacía por un sentimiento de delicadeza, temeroso de lastimar a ella que tanto le había apreciado, con esa acción que pudiera parecerle brutal.

Ni don Casto ni Miguel habían comprendido nada; el primero, muy ocupado con amistades políticas que tomaban todo su tiempo, y el segundo entregado por completo a su vida de elegante.

El salón se hundía en la penumbra de la hora crepuscular. Todavía penetraba alguna luz que, perdiéndose en el dorado de los cuadros, los hacía chispear con llamas fugitivas, pero que no podía disipar la sombra del ángulo en donde el piano destacaba su masa negra.

Luisa encendía una gran lámpara cubierta por una pantalla rosada, meditando en el abandono de Miguel, que ya no tenía las delicadezas de antes, ni disimulaba su vida de desorden: comparaba su conducta fría y desdeñosa con la de Pedro, que la llenaba de atenciones, demostrándole con ellas, el amor que le tenía y que no había revelado jamás. Ella también le amaba ya, ablandada por la respetuosa ternura del poeta, y le hubiera amado más, si su rectitud de mujer honrada no la apartase de las flaquezas en que podía caer.

En ese momento un criado entreabría respetuosamente la puerta del corredor y anunciaba:

—El señor Martínez.

Y éste entraba al salón, sonriendo y saludando con gran cortesía. Luisa se había sentado al piano, pero al verlo se levantó, tendiéndole una mano que él estrechó con silenciosa veneración.

—Pero he interrumpido a usted.

—No; si iba a comenzar.

—¿Entonces por qué no lo hace usted?

Y la miraba de un modo tan suplicante, que ella, vencida, preludió. Era una música lenta, tranquila, que hacía pensar en infinitas rêveries, en un país remoto, bajo un cielo azul; tenían las notas perfumes turbadores, extrañas exhalaciones de dulzura, y brotaban aladas, ligeras, límpidas —almas prófugas de la armonía—, rosadas como una aurora de amor o transparentes como las noches en que caía del alféizar de la ventana la escala de seda a la hora de la cita.

Luisa tocaba de espaldas a Pedro y sentía sobre sí su mirada. Repentinamente lo sintió acercarse, y sin fuerzas para volver la cara, siguió tocando, viendo fijamente el teclado donde corrían sus manos.

Pedro se aproximaba silenciosamente, y cuando llegó cerca de ella, turbado ya, fascinado por la música, habló, revelando de una vez y con un acento de pasión lo que hasta entonces había callado:

—¡Luisa, yo amo a usted!...

Ella lanzó un grito, como asustada, y se levantó; pero él, muy pálido, hablaba sin contenerse y con voz trémula por la emoción.

—Sí, es inútil ocultar lo que usted misma debe haber comprendido; además, esto no me hará estar tranquilo. Disimulé cuanto pude, traté de contenerme, y fue en vano... ¡Oh, si yo dijese cómo he sufrido: los infinitos momentos de angustia, las horas inquietas, los días enteros impregnados de tedio, la vida totera llena de una sola imagen, de una sola adoración: la de usted! ¡Y querer esconder lo palpable; pretender ocultar lo que se revela en cada frase, en cada mirada, lo que impulsa todas mis acciones, lo que aniquila mi voluntad, borrando en mi cerebro toda idea que no es la de usted, dominando mi espíritu y haciendo de él un esclavo que gime, un siervo que sufre y llora! No; no era posible, al fin tendría que manifestarlo, y hoy lo he hecho... ¿por qué callar si no se puede?, ¿por qué sufrir si puede venir un rayo de esperanza?

Luisa, erguida, con fría altivez de mujer ultrajada, le interrumpió:

—Pedro, no es esto lo que esperaba de usted.

—¡Ah, Luisa, cómo evitarlo!... ¿Soy acaso dueño de mí mismo?... ¿No he dicho ya que todos mis pensamientos se condensan en uno: el de usted? ¿No sabe usted que todas mis acciones tienden a un solo fin: verla, oírla, extasiarme en su contemplación, adormecerme con el arrullo de su palabra, embriagarme con su perfume? Si usted impera en mí, si al verla he creído hallar el verdadero consuelo, si he buscado en usted, como lo he hecho, una felicidad que anhelo, ¿debo sufrir en silencio, lejos de usted, debo superar lo insuperable, debo callar?

—Pero bien sabe usted que yo no le amaré nunca.

Él insistió. ¿Por qué no había de quererle también ella? La amaría mucho, haría cuanto ella quisiera, y después, quién sabe... tal vez se ablandaría... ¡Oh, sería humilde con ella, se abatiría a sus plantas, rogaría, y ella al cabo tendría que ceder... era tan buena! Y además, ¿acaso era un crimen?...

—En mi posición, sí. —Luego, mintiendo, agregó—: Todo es inútil: ¡yo quiero mucho a Miguel!

Y viendo que Pedro callaba, habló a su vez, con voz dulce, sin alterarse, muy conmovida por ese afecto que acababa de hacer explosión tan francamente.

Le daba consejos cariñosos con acento de hermana de la caridad; él debía dejar esas locuras imposibles, completar un porvenir que tan brillante se le presentaba, y

después casarse. Y sintiendo que en ese momento lo dominaba, continuó, destrozando con cada palabra, a la vez que el corazón del joven, el suyo propio. Después, cuando concluyó:

—Vaya; ni una palabra más, ¿no es verdad?

Pero él protestaba, ¿acaso era ésa su última resolución? Luisa afirmaba con la cabeza.

Entonces se despidió y salió, poseído de un sentimiento de vergüenza al verse reprendido con tanta justicia por una mujer, y de honda tristeza por su ideal muerto.

Adentro, quedaba ella, llorando, agotada por el esfuerzo que había tenido que hacer para no vacilar, y al oír los pasos que se iban, conoció que la felicidad se alejaba con aquel hombre tan leal, de un afecto tan honrado, que se iba de allí, presa de la desesperación y dejándola a ella sola y sin amparo entre el frío egoísmo de su padre y la helada indiferencia de su marido, a quien no amaba, profundamente lastimada por él.

Pasó el tiempo y Luisa no había vuelto a saber nada de Pedro, que había salido de la capital. ¡Ahora le quería más que antes! Era inútil debatirse contra esa idea que la hacía mal y la atormentaba a todas horas.

Luisa había escrito a la madre Guiron, que estaba en uno de los estados de la república, relatándole con entera franqueza lo ocurrido, y la monja había contestado con una larga carta, en que después de aprobar su conducta y felicitarla por ello, le daba consejos religiosos, llenos de unción que no bastaron a tranquilizar a la joven — víctima de su propia resolución—. El amor a Pedro, creciente cada día más, la invadía por completo, haciéndole recordar las frases de él. Sí, era lo mismo que él había dicho, un aniquilamiento de su voluntad, una abdicación de sus facultades, consagrándose únicamente a pensar en él.

Pedro se había marchado, y después de un viaje que duró más de dos meses, se entregó con desenfreno, a su regreso a la capital, a una vida de sociedad que llenaban las visitas y con las que se aturdía. En los salones, cuya entrada le franqueaban sus buenas amistades, se distinguía por su verba de convidado espiritual, charlando con gran locuacidad, como si quisiera acallar su pena con el ruido de sus palabras.

La curación era difícil, y la convalecencia fue larga pero al fin se realizó. Volvió a amar, y esto determinó un alivio radical, al que contribuyó poderosamente la fiebre política que también se apoderó de él, impulsándolo a hacerse una posición respetable, a la que por lo demás era acreedor por su inteligencia y valer.

Después de varios meses que no sirvieron para hacer olvidar a Luisa, el coronel llegó una noche muy alegre; había logrado una promesa oficial para entrar al Senado,

y estaba radiante. Habló hasta por los codos, extendiéndose en largas disertaciones sobre la importancia del puesto que iba a ocupar. La Cámara de Diputados estaba buena para los muchachos, ellos eran los que debían estar allí; los viejos al Senado. Y se interrumpió exclamando:

—A propósito; Pedro Martínez sale de diputado, y en cuanto entre al Congreso se casa.

—¿Con quién? —preguntó Miguel.

—Con María Rivera, la güerita hija del banquero, que siempre va con él al paseo. ¿La conoces?...

Luisa no oyó más; salió de la pieza y fue a llorar a otra parte.

A los pocos días y pretextando sentirse mal, manifestó deseos de ir a La Trinidad; desde que era muy niña no había vuelto a la hacienda, y le agradecería mucho pasar en ella unos días. Además, México estaba lleno de tifo y ella tenía a esa enfermedad un miedo atroz.

Don Casto aprobaba y a Miguel no desagradó la idea, pues su dinero se agotaba y le vendría bien ausentarse de la capital.

Luisa quería con los recuerdos de su infancia borrar esa mala impresión última, y estar en la hacienda hasta ver consumado el casamiento. Por lo demás, bien sabía ella que en lo sucesivo su mal no tendría remedio.

El viaje fue aprobado y se señaló la marcha para los ocho días.

VI

El coche se detuvo en la puerta de la Cámara, y Miguel bajó. En el pórtico se informó con el conserje de si había llegado el coronel; el empleado, viejecito muy limpio, contestó afirmativamente, después de examinar una lista. Entonces Miguel entró, subió la escalera, y llamando a uno de los mozos de vestido azul, le encargó avisara a don Casto, y esperó instalado en el salón de desahogo; luego, impacientado, entró en una de las tribunas del público, en donde un reportero tomaba notas de la sesión.

En la sala reinaba una penumbra que hacía más densa el humo de los cigarros y que impedía distinguir con claridad las fisonomías. El hemiciclo en donde están los sillones de los diputados, estaba concurrido esta tarde; los padres de la patria recostados muellemente, fumaban y discutían, sin cuidarse del secretario, que desde la tribuna, daba lectura al Presupuesto, con entonación igual y monótona. En el fondo del salón, bajo el dosel, el presidente escuchaba con tranquilidad, mientras a su lado, los prosecretarios escribían. En la plataforma y en el centro había grupos, que casi en voz alta conversaban; un diputado de cabeza calva y reluciente como una bola de billar declamaba con gestos enfáticos, golpeando sobre un libro que tenía en la mano.

Repentinamente, sonaba un timbre de opaca vibración y los mozos se precipitaban, llevando vasos de agua. En las tribunas muy poca gente, unos turistas americanos, el reportero y Miguel.

El secretario leía, después procedió a recoger la votación gritando los nombres de los diputados que se conformaban con saludarlo amistosamente con la mano, o inclinar la cabeza; uno de ellos que dormía, al oír gritar su nombre, despertó sobresaltado, causando esto gran hilaridad que nadie contuvo. Terminado el acto, el secretario hizo constar que se aprobaba el dictamen, por unanimidad de ciento veintiocho ciudadanos diputados. Todo había concluido, el presidente agitó la campanilla, pronunciando la frase sacramental: se levanta la sesión.

Los diputados se pusieron de pie, y fueron saliendo. Miguel que había distinguido a don Casto, bajó también y se unió con él. Afuera había un movimiento de carruajes que se iban, el repiqueteo de los cascabeles de un tranvía que llegaba, gritos atronadores de muchachos que voceaban periódicos o con tenacidad ofrecían correspondencias.

Don Casto saludaba a Miguel:

—¿Qué milagro?

—Vine por ti, para llevarte al Tívoli; me dan los amigos una comida de despedida, y están empeñados en que vayas. Ibarra me aseguró que prometiste concurrir.

—Sí; lo ofrecí anoche, pero me fue imposible; hoy se daba lectura al ramo de guerra, y como miembro de la comisión, no debía faltar.

—Pero ya estás libre... Vamos, que se hace tarde.

Entonces don Casto se despidió de un amigo a quien llamaba "señor compañero", y subieron al coche. Poco después llegaban al Tívoli; el carruaje entró y recorriendo la calzada, se detuvo en la puerta de los boliches. Salían de allí carcajadas estruendosas, trozos de canciones, un ruido metálico de dinero que se arroja al suelo, y dominando, el rodar bronco de las bolas, corriendo sobre la madera, y luego el chasquido seco de los palos derribados.

Entraron. Había allí cinco jóvenes en camisa, agitados y sudorosos por el ejercicio. En una mesita, botellas de champagne y copas vacías, y junto a ella una pizarra en que los jugadores marcaban el número de palos. En la banca que se apoyaba en la pared, un joven bien vestido dormía.

—Está muy mamado —dijo desdeñosamente Ibarra; después procedió a destapar una botella de champagne que hizo detonar el tapón con ligero estallido y luego cayó en las copas, en chorros de espuma blanca y pequeñas burbujas color de oro. Se apuró el líquido y después:

—Vamos a formar un partido —gritó Ibarra— don Casto, Fernando y yo, para ustedes tres... ¿Cuántas nos dan?

—¡Qué les vamos a dar! —repuso un joven a quien todos llamaban el Güero—, si ustedes son muy fuertes.

—Por mi parte protesto —dijo el coronel siempre ampuloso—; es necesario equilibrar las probabilidades.

—Bueno, pues serán cinco.

—Y será pérdida segura.

Entonces el comensal, que se había dormido y que la bulla despertó, dijo con dificultad:

—Sí; está bueno, al cabo son postres.

Y tembloroso, con grandes estremecimientos de todo el cuerpo, salió al jardín a refrescarse.

Por fin convinieron y comenzaron el juego y las apuestas:

—¡Voy contra ocho pesos a seis reales!

—¡Voy cinco pesos por los ocho!

Las monedas caían a la canal y la bola partía rápidamente; al llegar a los palos los derribaba con estruendo, cayendo al suelo en un gran montón de salvado. El Güero, que estaba admirable y ganaba siempre, hizo dos chuzas que pagó con esplendidez al muchacho que le trajo la bola. El coronel jugaba con método, encorvándose poco a poco, haciendo girar la bola entre sus manos, apuntando con cuidado, y lanzándola al último con mucha energía; luego quedaba en la misma postura hasta verla llegar. Sin embargo, toda su corrección no impedía que perdiera siempre.

Corría el champagne y comenzaba a oscurecer. Casi todos se habían enzorrado, decía el Güero, y era bueno irse ya. Entonces se vistieron, poniéndose las levitas y abrochándose los puños. Salieron luego, diciendo que iban al Círculo, porque ya no era hora del paseo; efectivamente, el cielo estaba casi oscuro, y comenzaban a encenderse las luces de los salones.

Entonces buscaron a Pérez, el comensal que había salido; desesperaban de encontrarlo y se marchaban sin él, cuando casi a la salida lo vieron al estribo de un simón. En el interior del coche se oían voces de mujer, y un brazo robusto asomaba por la portezuela, desprendiéndose de una manga de muselina. El Güero quiso ir a ver, pero Ibarra le contuvo y fue personalmente.

—Anda, hombre, ya nos vamos.

—No, déjame, me voy con Ángela.

Subió al coche que se alejó y los demás también ocuparon sus carruajes. Don Casto iba de mal humor porque había perdido; a su lado Ibarra se sacudía con un hipo alcohólico.

VII

Esa noche, en el Círculo el gran salón estaba lleno. La enorme mesa de baccarat, rodeada de jugadores, recibía a torrentes la luz que en chorros blancos despedían las lamparillas Edison, suspendidas del techo. Alrededor del tapete, de pie o instalados en sillas, un gran número de individuos inclinados miraban el juego con profunda atención.

El banquero, un señor de pelo blanco y anteojos de oro, daba las cartas, deteniéndose un momento antes de anunciar su número; había ganado y tenía delante simétricas torrecillas de plata y un paquete de billetes de banco de todos los colores. A su derecha un jovencito que parecía extranjero, miraba fijamente esa riqueza, como si con la vista quisiera sorber la fortificación de monedas, y el lío de papeles, mientras sus manos se crispaban, como queriendo extenderse y apoderarse de los valores.

En la vertiginosa rapidez del baccarat, las palabras se sucedían breves y punzantes: siete, nueve, abato, toda la terminología exótica de ese juego recién implantado.

Sonaban las monedas, riendo con vibraciones metálicas y pareciendo burlarse de la ambición que en silencio las acechaba, caían alegres y sobre el oscuro verde de la carpeta, fingían un argentado rayo de luna, inundando de blancura la alfombra de un prado. Y cuando los mozos muy estirados recogían las apuestas, el retintín del dinero daba contracciones nerviosas a los que perdían, mientras que hacía brillar lucecitas claras y temblorosas como fuegos fatuos en las pupilas de los gananciosos.

Cuando don Casto entró, llegó hasta el salón de juego, y después fue a unirse con sus compañeros a la cantina.

Allí el cantinero rubio, casi escondido detrás del alto mostrador, leía un periódico extranjero; a su espalda el armario alto encuadrando un espejo en que con letras blancas se anunciaba "Cerveza de barril", entre las filas uniformes de botellas que sobre la madera oscura aprisionaban diferentes licores. Primero las de coñac, altas y esbeltas, de un rubio encendido que al fulgor de la luz eléctrica parecía oro; luego, más arriba, bíter sombrío, después, ajeno, botellas de color oscuro que sólo alegraba la nota viva de una cruz roja grabada en las etiquetas; luego, licores dulces, peppermint color de esmeralda, y Chartreuse color de topacio; cremas en grandes

vasijas de barro café; luego vinos, primero la manzanilla blanca y el jerez pálido, después el Málaga, más subido de tinte, y así, aumentando en intensidad, ascendía la escala hasta llegar al púrpura casi negro del viejo Borgoña, pasando por el vivo carmín del Barbera y el rubí sangriento del oporto. Abajo, sobre un mantel, el arsenal de copas limpias y relucientes, las grandes para los refrescos, anchas y de cristal fuerte, luego las más pequeñas del vermouth; después las diminutas del coñac; en seguida los vasitos miñones del cocktail, y graciosas, extendiéndose como la corola de una flor transparente, las del champagne. En un rincón, un barril de cerveza, enseñando, fajado por arillos de fierro, su grueso vientre de burgomaestre alemán.

El cantinero rubio sonreía preguntando con acento germánico:

—¿Qué toman los señores?

—Coñac para todos —dijo Miguel.

Pero Ibarra quería suissise. Entonces don Casto exclamó:

—¡No, hombre! ¿Quiere usted volverse loco?...

Ibarra insistía. L'absinthe est l'ami de l'homme, decía a gritos, y hubo que ceder. Luego él mismo lo preparó, porque era muy perito y no lo cortaba como esos bestias cantineros.

—¡Así, ligero, apenas opalino, no hace daño! —Y ya muy ebrio, al mismo tiempo que servía agua en su copa, repetía filosóficamente—: Opalino no hace daño.

Bebieron, y después hicieron repetir las copas; cada uno quiso pagar una tournée, de manera que a las dos horas, todos estaban completamente borrachos. Don Casto, muy conmovido, hablaba del Imperio, acordándose de un vino húngaro que un oficial, ayudante de Maximiliano, le había regalado. Ibarra anonadaba al Güero con una interminable y dolorosa historia de amor de la que él había sido el héroe decepcionado; y Miguel entonaba una canción francesa que los demás repetían en coro:

Une jeune fille provençale
Qui ne connaissait pas Paris,
S'est perdue dans la capitale...

Después resolvieron jugar. Cuando entraron al salón, el jovencito extranjero estrujaba nerviosamente una cartera de piel de Rusia de la que por fin sacó un billete que arrojó sobre la mesa, y viendo las cartas:

—¡Ocho! —gritó alegremente.

—Nueve —respondió el banquero con frialdad.

Entonces muy encolerizado sintió que una ira infantil se apoderaba de él, sus ojos de rorro se llenaron de lágrimas y de sus labios delgados brotó un formidable juramento sajón que hizo sonreír a los circunstantes; después se marchó rabioso, y el juego siguió su curso.

Ibarra y el Güero se despedían diciendo que iban a parrandear, y don Casto y Miguel se instalaron en dos sillas vacías. Allí estuvieron ganando casi siempre, hasta que comenzó a despuntar el día, pues aturdidos por la doble embriaguez del alcohol y del juego, no se habían fijado en el transcurso del tiempo.

Cuando notaron que amanecía, muy sorprendidos se levantaron y salieron. Bruscamente el Coronel recordó:

—¡Demonio! Tenemos que tomar el tren. ¿A las siete sale?

—A las seis cincuenta —respondió Miguel—, y van a dar las seis.

El cielo comenzaba a iluminarse con una luz plomiza que hacía palidecer las estrellas. Las calles principiaban a ser transitadas; pasaban panaderos con grandes cestas en la cabeza, beatas de tápalo verdioso que a toda carrera se dirigían a misa; las vacas de una ordeña dejando tras sí un vaho caliente de estiércol; trasnochadores borrachos, que con el cuello de la levita levantado y las manos en los bolsillos, murmuraban frases incoherentes de un soliloquio incomprensible, tropezando con las piedras y azotando las paredes.

Don Casto y Miguel permanecieron en la puerta del Círculo soñolientos, estremecidos por el aire frío de la mañana. Cuando pasó una calandria arrastrada por dos caballejos flacos, el auriga volvió la cara y gritó:

—¡Coche, amo!

Miguel le detuvo, y después de dar la dirección, subió seguido del coronel; el cochero arreó los caballos y dando tumbos echó a andar el coche.

La ciudad se llenaba de ruidos al despertar; tañía la campana de una iglesia llamando a misa; rodaban pesadamente sobre el empedrado los carros; barrenderos soñolientos recogían con grandes escobas la basura; a lo lejos se oía la diana de un cuartel con clamores agudos de clarines y acompasado redoblar de tambores; un vendedor pregonaba gelatinas, silbaban las locomotoras en las estaciones de ferrocarril; de la puerta de una cantina salían los ronquidos de un piano sordo, tocando un danzón habanero; muchachos acurrucados esperaban la salida del periódico; en una esquina, un grupo de albañiles conversaba delante de un puesto de hojas, apurando a sorbos el líquido negruzco de un café de garbanzo que chorreaba por los bitoques de una caja de zinc sobre tazas de loza corriente. En las calles brillaban ya

muy pálidas las linternas de los gendarmes. Comenzaban a abrirse las tiendas y a animarse México con los mil ruidos mezclados de esa hora matinal.

El coche seguía su camino y ni don Casto ni Miguel cruzaban palabra. Por fin, llegaron a la casa.

El portero que barría el frente de ella los saludó sin asombrarse de la hora en que entraban; luego, mientras ellos subían la escalera, dijo a una criada que salía con la canasta en el brazo y envuelta con su rebozo.

—Croque vienen...

Y completó la frase haciendo el ademán de beber.

—Vaya, pos si eso ya es viejo, y la probecita niña es la que padece. ¡Alma mía de ella!

Y luego le contó que la señorita había pasado la noche en vela, sin probar el sueño, mientras los amos la brillaban quién sabe dónde.

Efectivamente, Luisa no había dormido. Muy preocupada pasó la noche arreglando su equipaje, sola, completamente sola con su pena. Al oír el ruido del coche, se había asomado, y al ver a su marido que con ojeras de desorden y rostro pálido atravesaba el corredor, lo había comparado interiormente con Pedro. El sí la amaba y nunca la abandonaría como Miguel.

VIII

En la estación del ferrocarril, situada a dos leguas escasas del edificio de la hacienda, un guayín, al que estaba uncido un tiro de mulas, guiado por un dependiente de la finca, esperaba. El administrador aguardaba tranquilamente, mientras su caballo, atado a un árbol, se debatía contra las moscas que lo impacientaban. Cundo llegó el tren y un conductor americano gritó con voz nasal el nombre de la estación, Luisa se estremeció, sobresaltada por el furioso alarido del yankee. Rápidamente, apoyada en el brazo de Miguel y precedida por su padre, bajó del vagón. El administrador, con un flujo de palabras de adulación, despojó al coronel de sus maletas y las colocó en el pescante del coche; después, mientras la máquina silbaba prolongadamente y el humo escapaba de la chimenea, manchando con sus volutas negras el cielo limpio, subieron al coche. El administrador, de pie junto al estribo, desbordaba; hacía mucho tiempo que los patrones no venían, la niña estaba muy grande; había querido ir al casamiento, pero entonces estaba escardando; había mandado unas mantequillitas a lo pobre, pero de muy buena gana, porque él quería mucho al patrón. Luego bruscamente cambió de tono: “¡Ah, señor!, la cosecha no será buena, la semana que entra comienzo la pizca, pero el maíz se ha amarilleado; ¡como no ha llovido!” Y contaba con grandes gestos desolados cómo había hecho todo lo que estuvo de su parte, pero estaba de Dios; de más a más los indios de San Francisco robaban mucho, y el auxiliar del pueblo no les hacía aprecio; pronunciaba la palabra indios con una entonación despreciativa de mestizo orgulloso y sonreía por costumbre, enseñando una doble hilera de dientes blancos de animal sano. En el fondo del coche, Miguel, abrumado todavía por el desorden de la noche pasada, se mordía los labios, nervioso, impacientado por la continua charla de Lucas; el coronel, muy serio, interrogaba, y parecía preocupado, disimulando el cansancio, y erguido en los cojines polvosos del carruaje, mientras Luisa sonreía benévolamente, arrullada por el acento bronco del viejo empleado a quien conocía desde muy niña, volviendo en la imaginación al tiempo de su infancia, cuando en las vacaciones su padre la traía a la hacienda. Don Casto quiso absolutamente que el administrador subiera al coche, y él protestaba, se iría a caballo para adelantarse; y ya montaba cuando Luisa exclamó:

—Suba, Lucas; mi papá tiene que hablarle.

Insistía, alegre, deseosa de oír a aquel hombre que tanto la había querido con respetuoso afecto de criado fiel; muy contenta, anhelando encontrar una fisonomía jovial, oír una voz cariñosa, distinta del acento hastiado de Miguel y del hablar severo de don Casto, que resonaba fuerte como un grito de mando. Entonces Lucas ordenó a los mozos de estribo que se llevaran su caballo y que avisaran que ya habían llegado la niña y los patrones. Los mozos partieron a galope, y ya instalado Lucas, el guayín se puso en marcha con grandes sacudidas.

La llanura interminable y solitaria parecía arder a esa hora pesada del mediodía; se levantaba un hálito de horno de aquella tierra calcinada por los rayos de un sol tropical que caían a plomo reverberando en los vastos zacatales, inundando de oro aquella soledad infinita. A lo lejos, un campo de trigo brillaba con todo el esplendor de sus mieses rubias, mientras que en el fondo, empinados en una loma, los árboles gigantes e inmóviles recibían el torrente de luz que en cálido baño bajaba sobre ellos. Las mulas a escape, y azuzadas por los chasquidos del látigo, arrastraban tras de sí el pesado coche. A la derecha, pastaba un grupo de ganado; un toro que permanecía echado, rumiando laboriosamente, levantó la cabeza al pasar el guayín y lo vio durante un momento con ojos turbios y sin vida de bestia tranquila. Luego, trabajosamente se levantó, y con pesado trote marchó a unirse con sus compañeros. A la izquierda, muy lejos ya, tocando el horizonte, corría un hilo luminoso como una hebra de plata. Era el río que se deslizaba tranquilo entre las piedras negruzcas que limitaban el cauce.

Luisa, abstraída, contemplaba con infinita tristeza aquel extenso panorama. Por un momento olvidaba su pena, y con melancolía dulce dejaba que su pensamiento tendiera el vuelo a los días claros de su niñez dichosa. Revivía la época pasada, las horas que fueron, los momentos que no volverían ya, y embargada por una ternura infinita que parecía flotar entre el aire en los rayos encendidos del sol, creía que no había crecido, que era la misma bebé de rizos rubios y ojos azules de colegiala curiosa que se extasiaba ante el espectáculo desconocido para ella de la Naturaleza en esplendor. Tenía sorpresas infantiles, júbilos de niña, y en aquella tranquilidad infinita parecía beber el olvido de su pena empapando su espíritu en ese ambiente de suprema calma. Volvía a ser la niña pálida de otra época, la Luisa soñadora que se embriagaba místicamente en las narraciones piadosas de mártires heroicos, la que cruzaba las manos en la capillita blanco y oro del colegio, silenciosa, arrodillada con fervor ante la Virgen de mármol, inmaculada madona que sonreía con bondad sobre el altar oliendo a incienso.

Y en el miraje que su espíritu fingió, vio a la patrona del colegio, oprimiéndose el corazón como si quisiera salirse, como un venero inagotable y siempre puro, como el

vaso admirable en donde ella, Luisa, la abandonada, debía saciar su sed infinita de cariño. Sí, sólo allí, en el regazo nevado de la Virgen, en ese manto de pureza formado con todas las blancuras, debía buscar un abrigo casto, un oasis de ternura, un refugio contra la vida, llena de negras adversidades. Y penetrada de la augusta tristeza del campo inmenso, sintió una melancolía extraña, un deseo inconsciente de llorar, una necesidad de romper en sollozos, desahogando así la enorme tristeza de su alma lacerada.

Pero como el coche hubiese entrado a un pedregal y diera grandes saltos sobre los abruptos peñascos, Luisa salió de su taciturno ensimismamiento, y contempló a sus compañeros de viaje.

Miguel dormía a intervalos, despertando por las sacudidas del carruaje; precisamente en ese momento como el coche saltara bruscamente, levantó los párpados enrojecidos por la orgía de la noche anterior, y clavó una mirada fija, de sus ojos grises, en ella.

Don Casto, a quien el administrador refería robos de leña, se irritaba declamando con gritos roncros:

—¿Pero el jefe político para qué sirve?

—Señor, si lo vi ya, pero él no hizo caso, porque al cabo el perjuicio no es para él, y ya sabe su merced...

—¿Cómo no hace caso? ¿Entonces para qué está?

—Pues eso digo yo, patrón... es muy flojo, pero como dicen que el señor gobernador lo quiere mucho...

—Vayan al demonio el gobernador y él, pues no faltaba más, primero es la obligación... verá usted cómo yo lo arreglo.

—Sí, señor, Dios lo haga... a su merced es diferente, y era bueno también ver al señor juez, porque como él y el jefe son uña y carne, siempre se meten el hombro...

—Yo sí que los meteré en cintura a todos ellos: ¡bonitas autoridades!, para cobrar la contribución están listos, pero para cumplir con su deber... Y el coronel gritaba; una hacienda que tanto se había atendido siempre y que por los descuidos de esos estúpidos se estaba arruinando. ¡Bueno fuera arruinar a esos imbéciles que no hacían nada!

El guayín había entrado al camino plano, que corría separado por cercas formadas irregularmente de las milpas que estaban a los lados; ya las cañas erguidas del maíz amarilleaban, y las mazorcas robustas y llenas de granos rebosaban en la hoja dejando asomar flecos lacios como de seda descolorida. La tierra negruzca parecía ávida de lluvia, como cansada de la germinación dificultosa de ese año, y se apretaba

contra los tallos erectos, que se columpiaban movidos por una brisa que se había levantado y los agitaba suavemente haciendo resonar rítmicamente las hojas secas de un color de yesca. En los surcos, perdidos entre las cañas y cubriendo los montículos de color oscuro crecían solitarias flores silvestres de un amarillo estallante, o de un morado chillón, que lastimaban la vista y llenaban el aire con una emanación acre de perfume salvaje. Junto a la cerca de piedra, plantas espinosas de un verde esmeralda lustroso extendían su ramaje ancho y abrían al sol los pétalos amplios de sus flores de un blanco sucio. Un milpero, de calzón blanco, llevó respetuosamente la mano a su sombrero de petate y descubrió una cabellera hirsuta y enmarañada sobre una frente bronceada, mientras que sus labios negruzcos mascullaban un saludo.

Mientras tanto, Luisa reanudaba su meditación interrumpida. Recorriendo sin querer las páginas de su historia, había asistido de nuevo a su boda con Miguel precisando los detalles. ¡Ah! Se había casado muy enamorada, llena de fe en el porvenir, confiada en su suerte, segura de haber encontrado un fuerte apoyo en el brazo de su esposo y un seguro abrigo en su corazón leal. ¿Por qué tiene el destino tan frías decepciones? Allí en el lago azul a donde se había lanzado, con arrebatos de ternura, había visto levantarse el duro escollo de la indiferencia de su marido, en el que se habían estrellado sus ideales; allí se había abierto el vórtice inmenso de desventura en el que se habían hundido sus esperanzas, náufragas de un inconsolable dolor. ¡Y hoy qué quedaba a la desilusionada soñadora!... Entonces se levantó, por inconsciente evocación, la imagen de Pedro. Él, sí, el romántico poeta, el alma generosa y herida que había ido a ella suplicante pintándole tan bien el amor eterno, el inagotable ensueño, desarrollando ante su vista el espejismo dorado de una felicidad sin límites. ¿Pero el deber? ¡La obligación estricta, la senda recta, la religión interponiendo entre los dos su austera muralla, y la altivez que le hacía acallar los violentos latidos del corazón, sofocar el apasionado grito de ternura, ahogar los pensamientos de abandono, y estrangular con implacable mano de hierro los impulsos de un sentimiento desbordante que la poseía por entero en momentos de cobarde debilidad!

¡Oh, si ella hubiera tenido un ser que la amase y que no manchase con su afecto, cómo se habría entregado a él con efusiones de cariño! ¡Si hubiera tenido un niño! Y se detuvo complacida en este pensamiento; un niño, rubio, que la quisiera mucho, que pusiera sobre su frente erguida de esposa fiel, o sobre su boca sonriente de madre amante, un prolongado beso de pureza. ¡Cómo lo hubiera querido, cómo hubiera abierto su alma a esa afección inmaculada! ¡Pero no, no sería su padre quien le diese esa ternura que era incapaz de abrigar en su pecho de egoísta meticuloso, no sería su

marido, vividor hastiado que ahora la mimaba fríamente con sus pupilas lánguidas y sin fuego!... ¡Sólo él, oh, sí, sólo él!...

Luego recordó. Pedro debía casarse, otra mujer recibiría ese tesoro de sentimiento que ella anhelaba, otra mano se uniría para siempre a la del poeta... y otro espíritu plegaría junto al suyo las alas en la risueña calma del hogar tranquilo que ella había soñado... ¡De nuevo se hizo en su cerebro la noche del desconsuelo, y a pesar de la serenidad altiva con que había tomado su resolución, sintió al verse tan sola, tan abandonada, una tristeza creciente que la invadía como un hondo desmayo; un sollozo que pugnaba por brotar estremeció su pecho, y si la mirada gris de Miguel no la hubiera contenido, hubiera llorado por su vida sin objeto, por su existencia desamparada, por su inmenso amor que moría!

Ya llegaban a la hacienda. El camino se bordeaba de casuchas bajas, con techos de ramas y con una sola puerta, desde la que podían distinguirse mujeres arrodilladas ante el metate, que con rítmico movimiento molían maíz. Sobre las tapias asomaban los nopales sus pencas ovaladas y erizadas de púas. Enfrente de los jacales, niños en camisa con las piernas desnudas retozaban cerca de un arroyo que resbalaba lentamente sus aguas grasientas, y perros flacos y salvajes con el pelo erizado lanzaban agudos ladridos, asustados por el ruido del guayín. Más allá, como una enorme mancha blanca, se distinguía el edificio de la hacienda, delante del cual un grupo de trabajadores vestidos de manta empuñaban cohetes. Formaba otro grupo la música de la hacienda con abollados instrumentos de latón que reverberaban al sol, y una gigantesca tambora pintada de azul.

Se acortaba la distancia; ya se distinguían con precisión las arcadas de los portales de la casa y las ventanas resguardadas por fuertes rejas. Las casas se agrupaban, tocándose, formando una calle, y ya las paredes se veían blanqueadas de cal y coronadas por techos en declive, de tejas rojas. La tosca torre de la capilla levantaba en el aire su cruz de madera, y los árboles del frente de la casa extendían en la atmósfera sus ramas gruesas de follaje oscuro.

Repentinamente, y a una señal de un hombre vestido de cuero que parecía el mayordomo, los cohetes se elevaron, lanzando torrentes de fuego y estallando en el aire, la campana de la torre lanzó al viento su voz cascada, y la murga de trabajadores hizo explosión con un chorro de notas sin concierto, secundado por el estampido de la tambora que rugía roncamente. Aumentaban la bulla los trabajadores vitoreando a los patrones, los muchachos chillando destempladamente, y los perros desgañitándose con furiosos ladridos. Afluía la gente que llegaba del campo, hombres sucios empuñando con las encallecidas manos instrumentos de labranza, mujeres

desgreñadas con chiquillos liados en un rebozo y echados a las espaldas, y pilluelos a medio vestir.

El coche se detuvo; bajó el coronel, que dio la mano a su hija para que a la vez descendiera, luego Miguel, y por último, Lucas. Los repiques de la campana, las notas de la música y los mil ruidos que formaban esa manifestación popular, callaron a una señal de don Lucas. Entonces pudo el coronel con ampulosas frases saludar a sus muchachos, quienes desfilaron ante él con aire humilde y con ademán de besar su mano enguantada. Luego penetraron los patrones seguidos del administrador y del mayordomo, en medio de los vivas entusiastas de la gente.

En esos momentos llevaba Luisa, firme en su resolución, el rostro pálido y la sonrisa tranquila de una mártir abnegada.

IX

La casa de La Trinidad, sólida construcción edificada en el siglo XVII, tenía una apariencia sombría de recinto conventual, en la que ponían una nota guerrera las almenas que se erguían en la azotea y que la hacían semejante a un castillo medieval. En la planta baja, cubierta por los vetustos portalones y a un lado del ancho zaguán, abría sus puertas una tienda en la que se expendían en abigarrada miscelánea licores adulterados y casimires del país, groseros zapatones amarillos, y mantas estampadas. En los armarios que subían hasta el techo de vigas se hacinaban indistintamente, confundidos y barajados, mil objetos disímbolos, componentes todos de aquel comercio heterogéneo. Junto a los brillantes botes de hojalata en donde se encerraban las especias, un tercio de percales se desprendía del fondo oscuro con el matiz engomado de sus colores chillones; colgaban de un pedazo de pared libre, reatas y frenos, junto a un surtido de sombreros de petate; más allá, en un aparador que cerraba un vidrio sucio, un hacinamiento de listones enrollados y bolitas de hilo de todos los colores, hería la vista. Y adentro, junto al muro, sobre el mostrador forrado de zinc, la piquera de alambre, unas diez botellas de dudosa limpieza encerraban el tequila amarillento, el refino puro y transparente, junto a un coñac de un rubio casi rojo y un peppermint color de tierra; cerca, las copas empañadas, y muy próximo un enorme gato que dormitaba; de todo ese conjunto se desprendía un olor híbrido que molestaba, y en el que dominaba una agria emanación de pescado seco.

Penetrando a la casa, a la derecha el despacho del administrador, vasta pieza en que reinaba siempre una semioscuridad. A la izquierda los cuartos de los mozos, con paredes llenas hasta el techo de litografías corrientes de santos, junto el cuarto de las sillas, lleno de caballetes en donde cabalgaban monturas con fustes amarillentos, y herraje de plata oxidada. En el fondo del inmenso patio empedrado, se abría la puerta que conducía a los corrales y caballerizas; salía de allí un fuerte olor de estiércol que llenaba el aire. Junto a la puerta de los corrales, la escalera amplia, de peldaños de piedra, llevaba a la parte superior; en el descanso un viejo cuadro en el que se representaba al óleo la Trinidad; los santos personajes tenían rostros lívidos de asesinados, y grandes barbas negras de facinerosos; la escalera desembocaba en los anchos corredores que se abrían en dos alas, enladrillados con soleras relucientes y

limitados por un barandal de hierro lleno de macetas y por una pared, en la que silbaban aprisionados en jaulas de alambre, canarios y zenzontles.

Las habitaciones eran grandes, blanqueadas de cal y muy severas, con sus techumbres elevadas, de fuertes vigas y su pavimento de ladrillo, muy tristes, apenas alumbradas por el sol, al que habían estado cerradas tanto tiempo; la luz débil parecía que se resistiera a entrar, desvanecida por completo en los rincones de aquellos cuartos sombríos, en los que flotaban las tinieblas de mucho tiempo de oscuridad que le daban lobregueces de prisión y frialdades de claustro conventual.

A la caída de la tarde, sobre todo, eran más tristes. Cuando el fulgor del crepúsculo se apagaba, en la victoria creciente de la sombra que triunfaba, el pavor se extendía en sus ámbitos mudos, llenándolos de una noche que parecía poblada de fantasmas. Y en las mañanas, cuando todo el campo que la circundaba esplendía en esa hora luminosa de la naturaleza que despierta, la casa permanecía sombría como un monasterio en medio del inmenso júbilo del amanecer del día claro y radioso.

Al lado del edificio estaba la capilla, muy baja, con su techo de tejas y su torre cuadrada; justo a ella se extendían en estrecho cajón las casas mal construidas de los trabajadores prolongando una línea irregular, y a lo lejos, más allá de las labores, después de los campos de maíz y de trigo, el monte boscoso levantaba sus troncos gigantescos cerrando el horizonte, que se contemplaba desde las ventanas, y destacando la masa negra de sus árboles penumbrosos. A la izquierda y bordeando una loma, el camino para la estación, hecho de piedra blanca, semejaba una cinta que corría con bruscas ondulaciones hasta perderse, desvanecido en los confines inmensos de la vasta llanura solitaria, estrechándose más y más, y borrándose por último en los zacatales que se veían tan distantes que parecían tocar el cielo.

El día de su llegada, Luisa, después de una comida que casi no probó, y durante la cual tuvo que sufrir los interminables brindis de don Lucas, que lloraba en cada uno de ellos enternecido por el pulque, tuvo que acompañar a su padre al campo; Miguel, pretextando cansancio, se había acostado para dormir y reponerse de los excesos del día anterior. Don Casto interpelaba al administrador, que respondía trabajosamente, con la lengua entorpecida por la embriaguez y viéndolo con ojillos que se perdían en su fisonomía roja y abotagada de ebrio.

El coronel preguntaba por el precio del maíz, por el probable rendimiento de la cosecha, irritándose cuando Lucas, con una sílaba que interrumpía el hipo alcohólico, le daba malos informes. Luego, cuando dio la oración en la torre de la capilla y los trabajadores volvían del campo rendidos y sudorosos por su ruda tarea, entonando a voz en cuello el Alabado, una plegaria triste que vibraba con cadencias funerales,

volvieron a la casa, el administrador arrastrando los pies, borracho perdido por la fermentación del pulque, don Casto silencioso y muy aburrido, y Luisa cada vez más meditabunda, más abandonada, trémula, como si se hubiese visto sola en el campo inmenso y mudo a esa hora, bajo el cielo infinito que ya ennegrecía una noche profunda. En el fondo, tenía ganas de morir. ¡Sí, mejor, todo habría concluido de una vez para siempre!

*

*

*

La vida del campo no tuvo para Luisa el encanto que ella esperaba. Pasaban las horas con uniforme monotonía que la impacientaba, y en lugar de traerle olvido, cada una de ellas ahondaba más el abismo en que se hundía su valor. Ni una sola emoción, ni un solo cambio que estremeciéndola, hubiera suavizado sus nervios en tensión. ¡El cielo implacablemente limpio y la tierra imperturbablemente muda, y en su alma el mismo dolor insufrible, poderoso, dominador y creciendo siempre, ahondando más la herida! Entonces ella, tan buena, tuvo momentos de furiosa irritación; ¿estaría sujeta a vivir siempre con ese recuerdo tenaz que la atormentaba, con esa obsesión siniestra que ocupaba por entero su pensamiento? Y tenía grandes crisis de pena sollozante, de angustia profunda, que la hacían gemir inconsolable en la noche ya sola en su habitación, y que luego la dejaban aniquilada, sin fuerzas, llorando convulsivamente con voz trémula de niña maltratada. Después de esos accesos, recurría siempre a la religión, pasando las horas arrodillada en su pieza con un eterno balbucear de plegarias, oprimiendo con manos que la fiebre estremecía, un escapulario de franela, último recuerdo de la madre Guiron, que representaba un corazón de Jesús, rodeado por una corona de espinas chorreando sangre; lo besaba con fervor, repitiendo maquinalmente las palabras que en círculo tenía impresas sobre la tela: "Detente, el corazón de Jesús está conmigo"; y lo decía con acento suplicante, como si quisiera detener con sus lágrimas de mujer indefensa y rendida al enemigo invisible que la hería. Después un consuelo muy dulce la invadía, como si los rayos de un sol blanco de virtud la vinieran a iluminar al fondo de la torre de marfil de su honradez; para ejemplo suyo recordaba una imagen de la Madre de Dios, que había visto alguna vez

mostrando en medio del pecho un corazón traspasado por siete puñales; entonces se dormía con un gran sueño de pureza.

Don Casto y Miguel estaban fuera todo el día visitando a caballo la propiedad y sólo pasaban en la casa las horas pesadas de la siesta en que hacía un calor insufrible y las veladas en que en el amplio salón empeñaban una partida de bezigue junto a una mesita. Luisa seguía el juego con ojos distraídos y sólo interrumpían la calma de la gran pieza las frases monosilábicas con que anunciaban su juego los dos hombres. Afuera rompía de vez en cuando el silencio de la noche el rasguear de una guitarra asmática, acompañando la voz áspera de un trabajador que entonaba una canción de melodía lenta y ritornelo siempre igual. ¡Qué largas, qué fúnebres eran para Luisa esas noches, en que la abrumaba la tediosa indiferencia de su marido y la helada compostura de su padre!

Estaba siempre sola, pues prefería su aislamiento a la compañía de su marido, que no tenía para ella una frase de cariño.

Así pasaban los días; casi un mes transcurrió; en esa época y por extraña casualidad cayó en sus manos una carta escrita en francés en que una mujer que firmaba Nini pedía dinero a Miguel. Concluía con frases melosas de un afecto vendido, llamándole mon gros loup. No se enfadó, ya lo había presumido con su delicada percepción, además hacía ya tiempo que no amaba a su marido. Pero esa noche, como él la viese fijamente, comprendió la verdad de la frase en que esa mujer le llamaba lobo. Sí, era un lobo, con sus ojos grises de implacable frialdad, con sus dientes menudos y blancos de animal voraz y su barba aguda de bestia carnicera. Era un lobo que se había casado con ella para contentar su apetito de carne fresca, y que después de haber destrozado, y hecho pedazos el cariño que ella le tenía, la olvidaba lanzándose a nuevas aventuras, insaciable siempre y siempre sin corazón. Entonces altanera, lo miró con una dura mirada de desprecio. Él sonreía, inconsciente del daño causado, muy tranquilo, satisfecho del cariño que creía le profesaba, y tomando el pertinaz silencio de Luisa, que lo veía fijamente, por uno de los éxtasis contemplativos en que ella se sumergía en las horas de la luna de miel. Y también la miraba, sin cariño, pensando en su interior de hombre depravado en la querida ausente, con cuyo rostro de mujer de teatro comparaba la pálida belleza de su esposa.

Luisa esperaba en las tardes la llegada del correo; desempeñaba esta plaza un viejo militar retirado que siempre al volver de la estación se apartaba del camino para traer la correspondencia y los periódicos de don Casto y Miguel, siguiendo luego a la carrera del caballo la senda para el inmediato pueblo de San Francisco.

Una tarde de bochornoso calor, Luisa, asomada como de costumbre a la ventana, esperaba tranquila perdiendo la mirada en el confín lejano del cielo. Por fin, después de muchas plegarias inútiles y de muchos ruegos infructuosos, la religión la había alentado; casi olvidaba su amor contenido, y convalecía lentamente de lo que para ella era peligrosa enfermedad. Hundida en honda meditación, no vio al correo hasta que estuvo muy cerca. Saludó respetuosamente el viejo jinete que la había distinguido, y bajando del caballo penetró a la casa. Al oír Luisa el repiqueteo de las espuelas del correo en la piedra de la escalera salió al corredor; ya el viejo sacaba de las bolsas de su dragona azul, un paquete de cartas y periódicos que ella recibía.

Luego, como su padre había salido, dejó en el salón las cartas, y para distraerse, saliendo a la ventana abrió un periódico oliente a tinta. ¡Lo mismo de siempre! Una carta de un corresponsal extranjero, la crónica de un jurado, el reportazgo de un robo, notas de policía, anuncios, revista de espectáculos, lo mismo de siempre. Pero perdido en las columnas de la tercera plana, pequeñito, como emboscado allí, un párrafo de gacetilla que leyó con la vista oscurecida:

Matrimonio distinguido. Hoy debe haberse verificado en el aristocrático templo de Santa Brígida el enlace de la bella señorita María Rivera con el señor don Pedro L. Martínez. La bella señorita Rivera es hija del conocido banquero don Mariano del mismo apellido, y el señor Martínez es una de las más notables figuras de nuestra literatura nacional. Dadas la virtud de la esposa y la exquisita honorabilidad del contrayente, no es aventurado augurar a la pareja una eterna luna de miel, lo que deseamos nosotros con verdadera sinceridad...

El sol se hundía ya en la púrpura encendida del ocaso; la luz muriente desmayada en su postrera claridad que fulguraba con rayos vacilantes de una tibia transparencia rosada. La extraña melancolía del crepúsculo impregnaba la atmósfera que la noche comenzaba a oscurecer.

Ya casi borrado por la distancia se percibía el capotón azul del correo que el galope del caballo agitaba; luego se fue alejando esa mancha oscura, esfumándose hasta que al fin se perdió en un recodo del camino.

Crecía la oscuridad, y cuando el sol se ocultó triunfal, desmayando en una pompa regia de terciopelo color de sangre, su último fulgor iluminó a Luisa, que de pie en la ventana lloraba inconsolable con el desaliento de las almas huérfanas.

X

Frente a la iglesia, una larga hilera de coches se alargaba en fila, brillando con el limpio charolado de los panneaux y el relucir de los arneses. Tascaban el freno con impaciencia los caballos y herían el empedrado con el duro golpear de sus fuertes cascos. Erguidos en los pescantes los cocheros con las riendas y el látigo empuñados en una mano, asían con la otra paraguas de tela blanca con los que se resguardaban del sol. Muy inmediato a la puerta un cochecito pequeño y capitoneado, tirado por un tronco de yeguas alazanas que bañadas por la luz parecían de oro. El cochero, de ancha fisonomía sajona que encuadraban dos grandes patillas rubias, recibía sobre el sombrero de seda y las espaldas cubiertas con la librea marrón los dardos ardientes que el calor desplomaba, y con flema británica, muy erguido con un cuello gigante y reluciente que enrojecía su garganta, contemplaba un grupo de granujas que a su vez le veían, admirados de su estirada seriedad. Sobre los faroles del cupé, que ostentaban una cifra grabada al rojo, caía ondulante un festón de azahares; una guirnalda de las mismas flores simbólicas se enredaba al flexible látigo, y sobre el color oscuro de la librea, en el ojal abría sus pétalos de pálida blancura un botón que aislado en el matiz marrón de la solapa parecía estallar en immaculada floración sobre la tierra parda y estéril. El cupé esperaba a los novios que no debían tardar.

Cubría la puerta de la iglesia una espesa cortina de bayeta verde que arrastraba hasta el suelo y que al ser separada por la mano impaciente de un invitado en retraso, dejaba escapar hasta la calle la voz poderosa del órgano, que lanzaba al aire las robustas notas de sus tubos de metal, salía también un perfume mixto de aroma místico y fragancia femenina: incienso y frangipane.

En el atrio embaldosado, un grupo de señores graves fumaba silenciosamente, y un repórter tomaba nota de las personas que entraban. Adentro, a la luz desvanecida del día que penetrando por las vidrieras no alcanzaba a alumbrar la severa oscuridad de las naves, al fulgor amarillo de los cirios que flameaban chorreando gruesos grumos de cera sobre las arandelas de metal, no se distinguía al principio más que un confuso hacinamiento de gente, en que no podían precisarse los colores de las telas borradas en una sola nota oscura. Sólo en el fondo en las gradas del altar, se distinguía con claridad el traje de la novia, el velo cayendo con frescas oleadas de blancura sobre la

falda nevada que parecía hecha con plumón de cisne, adornada con brumosos encajes y salpicada de azahares, inundando con su nitidez el cojín de terciopelo rojo; el novio arrodillado también, estrujaba sus guantes nerviosamente y enfrente de ellos un sacerdote pálido, de fisonomía marfilina de abate joven, extendía sus manos delgadas, dignas de una dama, sobre la miñona cabecita de la desposada y la altiva cabellera del poeta. Luego, concluida la ceremonia, pasaron los cónyuges a la sacristía y entonces llenó las naves un rumor satisfecho, un cuchicheo femenino y un frufrú rumoroso de tela de seda. Los convidados pasaban a la sacristía, comenzaba el desfile. Los nuevos esposos de pie, y junto a ellos los padrinos, esperaban. Pronto hubo a su alrededor un círculo de personas: caballeros que se inclinaban ceremoniosamente delante de María y estrechaban la mano a Pedro, murmurando una felicitación banal, y señoritas que con grandes expresiones de ternura estampaban sonoros besos en las mejillas de María, arrebatándose los azahares de cera que ella repartía.

Pedro, silencioso, pensaba en estrofas vibrantes de un epitalamio, y María con adorable gesto de encantadora muñeca del boulevard, se sentía feliz, dichosa, por tener un marido que la mimase y le diese bombones azucarados como a una niña consentida. No veía en el matrimonio más que una libertad para seguir su inocente mariposeo de mujer de gran tono y la obligación de hacer los honores de la casa un día a la semana, distribuyendo con gravedad, como lo había visto practicar a su madre, el té humeante en las tacitas de transparente porcelana y los pastelillos apilándose en la bandeja de plata al fulgor de las lámparas iluminando el saloncito de recepción.

Después la sacristía se fue vaciando y por una puertecita que se abría al atrio salieron los convidados atravesando por una doble fila de hombres que saludaban con correctos sombrerazos, y subiendo luego a los coches, en medio de ese barullo de latigazos que chasqueaban, de portezuelas cerradas con estrépito y de carruajes que se alejaban al trote de los caballos con un sordo rumor de ruedas nuevas, girando sobre el empedrado.

Por fin pudieron salir los novios y montaron en el cupé que se puso en marcha, escoltado por un enorme landó de antigua factura, que ocupaban los padrinos. Ya entonces Pedro pudo hablar, libre de la presencia de toda esa gente, lejos de la oleada de banales cumplimientos que le abrumaban y solo con su ensueño realizado, sintiendo la felicidad que le besaba, poniendo a su lado a esa mujercita adorable en su fragilidad de bibelot, tan blanca, con su velo flotante y su traje que llenaba con oleajes de espuma el fondo oscuro del cochecito.

Tomó una de las manos de María, cuidadosamente, oprimiéndola con suavidad, como si fuese la de una delicada escultura de alabastro que temiera romper, y la tuvo

así opresa, sintiendo el suave calor de su epidermis fina. Ella muy contenta, penetrada también de una extraña ternura, lo miraba sonriendo.

Luisa estaba muy mala. Desde su llegada de la hacienda se había entregado con más fervor que nunca a las prácticas religiosas, pasando el día casi entero en humildes ruegos; ya en iglesias frías, o ya en un gabinetito que había hecho arreglar para rezar, sin que nadie la molestara; muy resignada, sin cuidarse de Miguel que se aturdí en el torbellino de una vida desordenada.

Desmejorada visiblemente, se adelgazaba mucho y en su cara se extendía una blancura amarillenta de vieja miniatura, como si el aire frío y húmedo de los templos le hubiera dado ese matiz transparente que hacía pensar en rostros de vírgenes muertas. Ya sus manos no aleteaban alegres en el teclado del piano, sino desgranaban silenciosamente las cuentas de un rosario oscuro, ni sus labios se abrían para reír con carcajadas argentinas, sino para murmurar interminables oraciones, llenas de frases místicas. Parecía que la religión tendiera sobre ella un velo negro, apagando en su cerebro toda idea que no fuera la de humildad y de tristeza, poniéndole siempre delante el enigma oscuro de la muerte y el más terrible aún del juicio de Dios.

Por las mañanas, estaba en la capilla de una iglesia vecina, arrodillada sobre la madera húmeda, prosternándose, haciéndose pequeña ante la severa majestad de las naves que resonaban con los pasos de los fieles, y se acusaba de culpas supuestas que creaba su imaginación exaltada, de pecados que no existían, de delitos que era incapaz de cometer. A sus ojos, todo era una falta religiosa y consideraba criminales los momentos muy escasos en que dejaba de pensar en Dios. Pero esto casi nunca sucedía, rezaba siempre o leía libros piadosos; además se privaba de alimentos que le agradaban, de todo lo que pudiera causarle placer, y decía que esto era en expiación, aterrorizada con la idea de comparecer alguna vez ante un Dios implacable que le pediría estricta cuenta de todos sus actos. La devoción antigua, el culto sonriente de sus años infantiles, tan lleno de agrado, aquella adoración de un buen Dios, que cuando sufría parecía decirle: "duerme, olvida", había sido reemplazada por un furor lleno de miedo, por una indescriptible pavora que la atormentaba. No tenía ya la visión blanca de un paraíso, de infinitos goces para su alma buena; ahora se fingía en la imaginación un cuadro de infierno, lleno de torturas y dibujado al rojo. Ya no adoraba al buen Dios, sino al Dios cruel y vengador que jamás perdona. La anemia creciente activaba estos terrores y la hundía más y más en las tenebrosas profundidades de un misticismo aterrador. El desequilibrio nervioso de su organismo aumentaba ese miedo que en la noche la hacía dormir muy poco y despertar sobresaltada, como si temiese la proximidad de un peligro inminente. Ofuscada, ciega, no conocía que su vida de

pureza no tenía mancha y se imaginaba haber llevado una existencia reprobada de abandono vituperable y de culpabilidad horrenda.

Naturalmente, esta manera de obrar no podía dar ningún buen resultado, ya estaba muy débil y su cuerpecito entelerido no parecía esperar más que el golpe de la enfermedad que debía llevarle a la fosa.

Por fin, un día cayó enferma. La calentura se apoderaba de ella, encendiendo en su rostro pálido los ojos azules y extraviados y haciéndole perder la cabeza. No sufría mucho, aturdida por la fiebre, pero un dolor horrible le desgarraba la espalda, como si un puñal agudo le desgarrase el costado; pasó así una noche vigilada por las criadas; a la mañana siguiente el médico anunció que la pulmonía se había declarado; se presentaban todos los síntomas: el dolor intolerable, los esputos sanguinolentos, la fiebre, la tos desgarradora, la aceleración del pulso, la dificultad para respirar. En el pecho roncaba ese ruido espantoso que llaman los médicos estertor crepitante y que parece un rugido ahogado dentro de una tumba. El doctor recetó y se fue asegurando que volvería pronto.

La pieza casi estaba a oscuras; sobre el lecho, con la cara al cielo, muy abiertos los ojos y lívido el rostro, que cubría un sudor viscoso, la enferma, abiertos los labios secos por una sed viva que le abrasaba y respirando con dificultad, deliraba, repitiendo palabras incoherentes y quejándose mucho, con ayes desgarradores, llevándose las manos al costado que atormentaba la enfermedad o a las sienes, en donde martillaba la cefalalgia.

Sentía una morbidez infinita, un sueño que la invadía y del que despertaba por el dolor; un hundimiento en una sima sin fin, a la que la arrastraba un viento desolador; y febricitante, loca, hablaba sin tregua, haciendo sonar su lengua seca y cubierta por una capa blanca; rezaba, volvía a ser niña, conversaba con sus compañeras de colegio, extendía las manos como para asir alguna cosa, y luego callaba, escuchándose en la pieza únicamente el fúnebre ronquido de su pecho. Su marido y su padre, muy preocupados, la vigilaban, paseándose nerviosamente por la pieza, y así estuvieron dos días, pero sintiéndose inhábiles para asistirle y no queriendo dejarla en manos de las criadas, resolvieron al tercero avisar por telégrafo a la madre Guiron, cuyo nombre pronunciaba a menudo la enferma y que se encontraba en Guadalajara al frente de un colegio. Pero Luisa empeoraba, se sacudía agitada por una tos que le desgarraba el pecho, respiraba cada vez con más dificultad, y se quejaba mucho con agudos ayes que llenaban la recámara. El médico no daba ya esperanzas, la pulmonía fulminaba ese organismo débil y sin fuerzas para resistir; al cuarto día y en un momento de lucidez en que la fiebre cedió, pidió Luisa un sacerdote con voz que no era más que un soplo, se

confesó y comulgó, luego pidió hablar con su marido y con su padre. El médico la examinó declarando después que iba a morir. Todavía pudo decir a Miguel muy débilmente: sé bueno y si te casas quiere mucho a tu mujer.

Luego la fiebre la invadió de nuevo, siguió el delirio, se quejaba inconsolablemente, y después calló. Apenas se agitaba su pecho por el último estertor, se nublaban sus grandes ojos, el rostro se ponía más lívido y sudoroso, y el pulso iba apagando sus latidos, apenas perceptibles ya para el médico que le tenía el puño. La vida se marchaba, y la muerte tendía en el rostro de Luisa sombras opacas como hechas de tinieblas sepulcrales. Movía los labios para hablar, pero el sonido no brotaba ya; por fin, hizo un esfuerzo, lanzó un pequeño grito de terror o de júbilo, el adiós a la vida o el primer saludo a la eternidad, luego una gran bocanada de sangre brotó de su boca, dio un suspiro hondo, y se estiró.

Moría la tarde al mismo tiempo que ella, un último fulgor se quebró en los cristales del balcón y penetró tembloroso, salpicando de polvo de oro la alfombra.

Vistieron el cadáver, y quedaron velando su último sueño don Casto y Miguel.

Esa misma noche llegó la madre Guiron. Ése fue el verdadero dolor, la pena sincera que sollozó junto al cuerpo inanimado, y que lloró a su lado durante todas las horas empapadas de tristeza que transcurrieron hasta el día.

Ibarra, a quien don Casto hizo llamar, se encargó de los detalles de la inhumación. El coronel se había retirado a sus habitaciones, y Miguel recibía a las personas íntimas que llegaban. En la tarde fue el entierro; antes de cerrar el ataúd, la monja vio brillar en el cuello delgado de la muerta una chispa dorada; era una cadena de oro de la que colgaba una medallita lisa, regalo de Miguel, y que llevaba esta inscripción: "Je meurs ou je m'attache".

¡Era la vida de Luisa! La madre Guiron, única que conocía el amor de la muerta a Pedro, comprendió que ése había sido el lema de Luisa, que había muerto en el cumplimiento del deber. Cerró el ataúd y lloró.

XI

En el camino interminable y polvoriento, la tapia blanca del panteón corría sombreada por el follaje negro de los cipreses. Por sobre de ella asomaban los remates de los mausoleos, esbeltas columnas de cantera o delicadas agujas de mármol negro. Junto al muro, casi cubriendo una zanja, había un brote poderoso de vegetación, un trecho rebosando verdura lujuriosa y espléndida en su desarrollo, nutrida con la tierra grasa por el abono humano; surgía de tierra magnífica, en una floración silvestre y espontánea. Enfrente de la tapia los rieles de los tranvías se prolongaban indefinidamente, estirándose hasta muy lejos con un color gris refulgente y rayando con sus líneas claras la serenidad de la tierra floja y oscura.

A través de la reja se veía una interminable calzada bordeada a los lados por sepulcros y que iba a terminar allá a lo lejos, en la capilla pequeña donde se depositan los cadáveres. Arriba, en el frontón, había una inscripción piadosa en latín, con letras superpuestas de un dorado que la acción del tiempo había ennegrecido. La humedad subía por la parte exterior de las paredes, maculando de un verde negruzco la piedra gris, y hundiendo con grietas que parecían ulceraciones los lugares blanqueados de cal.

Las tumbas, alineadas simétricamente, se extendían en hileras uniformes, separadas de la calzada por una delgada cadena sostenida por columnillas rojas. Rodeadas de plantas, bajo la bóveda umbría de los árboles y limpias por las primeras lluvias del año, se destacaban con la inmaculada blancura de sus construcciones sobre el fondo oscuro del ramaje. Las había de diferentes estructuras; la de un militar aguerrido levantaba en el aire una estatua erguida de la Victoria que acariciaba al guerrero muerto, mientras que otra, casi perdida en las frondas, no representaba más que una columna truncada que se perdía entre las hojas de un árbol penumbroso. Había cuerpos yacentes, melancólicas estatuitas de alabastro, esculturas fuertes extendiendo sus miembros vigorosos en la lápida, descansando en el cabezal de piedra, con las manos cruzadas místicamente sobre el pecho. En un rostro de virgencita que bañaba un rayo de sol furtivo, delgado hilo de oro que descendía brillante, el escultor había cincelado una sonrisa que parecía brotar alada de los labios duros, como una promesa de luz indeficiente de vida eterna.

Luego, sencillas lápidas oscuras, con nombres esculpidos, epitafios cariñosos que llenaban de epítetos de veneración la amplitud de las losas; y brotando de entre las tumbas, invadiendo los senderos, irguiendo sus ramajes y agitando airosa su verdor brillante, una vegetación exuberante, una oleada de retoños y hojas nuevas, una explosión fecunda de vida y savia, alimentada por la descomposición. Dominaba la nota verde en todas sus gradaciones, el matiz sombrío de los cipreses, el melancólico de los sauces, el vivo esmeralda del césped, el soberbio y oscuro en las hojas cuidadosamente limpias de las plantas de las tumbas, y allá a lo lejos, continuando el paisaje en la tercera clase primero, y luego ya al fondo, en la fosa común, una invasión de zacatales pugnando por cubrir con sus tallos hirsutos el suelo, el musgo extendiéndose en las tapias, y las cruces simbólicas y humildes, trozos desnudos de madera negra con un pedazo de zinc en donde se leía el nombre del muerto, ahogados entre ese crecimiento, entre esa fuerza que la tierra en su afán de germinación arrojó a la superficie en forma de yerbas.

Más allá de las tapias, los árboles gigantes de un tívoli cercano, coronados por el sol radioso, sacudían sus copas corpulentas en el cielo claro que no oscurecía ninguna nube, y cerraban aquel panorama de poderosa vegetación que se deslizaba por el suelo, se asía a los muros, trepaba con ligeras ondulaciones de vida a los árboles, se asomaba a las fosas y cubría los modestos cuadrillados de los sepulcros de tercera, como queriendo ahogar con su manto espléndido de primavera la tierra negra y húmeda como la muerte.

En la calma infinita del panteón, pasaba como un hálito formado de gérmenes en movimiento, impulsados a ser por una fuerza misteriosa. Era la transformación eterna, la obra inmutable que seguía su curso, tomando organismos descompuestos para devolver tallos lozanos y arrojarlos allí entre las esculturas inmóviles como una negación de la muerte absoluta.

Al aproximarse el carro fúnebre a la puerta, una campanada dobló tristemente con lóbregas vibraciones, y cuando se detuvo, cuatro empleados de la Agencia Gayosso vestidos de negro se aproximaron para descender el cajón. Ya habían bajado de los vagones que venían detrás los amigos de don Casto y de Miguel. Se emprendió la marcha a lo largo de la calzada, primero el ataúd de madera reluciente, muy lleno de molduras, con una gran cruz que abría los brazos sobre la tapa, y agarraderas de níquel brillante que relucían al sol; luego el administrador del panteón, muy indiferente, con aire de hombre acostumbrado a esa clase de asuntos, después la madre Guiron, desolada, llorando con trémulos sollozos de anciana y llevando colgada del brazo una enorme corona de porcelana oscura y abalorios negros que casi tocaba el suelo, y

después, por grupos indistintos, sin orden de formación, los asistentes, que se detenían para contemplar las tumbas o caminaban con paso majestuoso de circunstancias, hablando de negocios. Un señor alto y muy obeso que parecía ahogarse en la levita enjugaba el sudor que corría de su rostro que el calor había puesto rojo y reluciente, y hablaba con un joven pálido, de fisonomía estúpida, que parecía muy preocupado abrochando sus guantes.

Todos ellos discutían; en su conversación flotaban palabras disímbolas; el señor gordo asentaba entre sofocados resoplidos paradojas de religión que el jovencito oía con aire idiota sin comprender nada de aquello.

Detrás, dos hombres graves hablaban de la incineración, protestando contra esa costumbre de enterrar que les parecía tonta, y uno de ellos describía los hornos crematorios, que según él, eran iguales a los de un panadero. Después un caballero que enseñaba las lápidas a un muchacho larguirucho y de tez apagada de escrofuloso. Y en todas las conversaciones, como un ritornelo forzoso, como un tema obligado, venían las palabras "combate de flores". Esa tarde se verificaba y todos ellos ansiaban que el entierro terminase pronto para irse. Ninguno conocía ese espectáculo exótico, que el regidor de Paseos había organizado y todos querían verlo.

Por fin llegaron: la fosa se abría entre otras dos ya ocupadas; a su lado un gran montón de tierra extraída para formar el hoyo y adentro un peón que a toda prisa acababa de cubrir las paredes con ladrillos; hubo que esperar un momento; después el administrador abrió el ataúd; el cuerpo estaba completamente envuelto en un lienzo blanco que despedía un olor de ácido fénico y sólo dejaba ver una mano de Luisa, con la palidez amarillenta de un grumo de cirio; la madre Guiron se precipitó sobre esa mano, cubriéndola con un beso prolongado de adiós. Entonces los sepultureros pasaron unas cuerdas bajo el cajón y lentamente lo descendieron; el ataúd tropezaba con las paredes enladrilladas, y cuando llegó al fondo lanzó un sonido hueco de funeral resonancia. El peón saltó sobre él y lo cubrió con fuertes losas de piedra gris cuyas juntas tapaba con mezcla que tomaba de un bote de madera. Luego salió de la fosa y a grandes paletadas comenzó a echar tierra. La monja se había alejado sollozante, y oraba en la capilla; los circunstantes, en círculo alrededor de la fosa, se habían descubierto.

Caía la tierra formando montones irregulares que poco a poco llenaban el sepulcro; el peón se hundía hasta las rodillas en esa tierra húmeda que aplanaba con los pies descalzos, y con movimientos regulares seguía la tarea, interrumpiéndose para limpiar con el dorso de la mano encallecida la frente sudorosa. Luego, cuando hubo concluido, lanzó un suspiro de satisfacción, resollando con fuerza.

Ya se iban los circunstantes, el señor gordo corría detrás del joven estúpido y le explicaba la resurrección de la carne, otros sacudían cuidadosamente el polvo de los zapatos y subían a los vagones. Entonces la monja se acercó a la tumba, puso en ella su enorme corona, murmuró llorosa una oración, y luego, con pasos vacilantes y sollozando sin consuelo, se fue.

El sol brillaba entonces en toda su gloria, bañando aquel recinto lóbrego con claridades de fuego y acariciando las tumbas silenciosas. A lo lejos ya muy borrada se veía la figurilla negra de la monja que se iba también. Al llegar a la puerta, se volvió, y como sintiese una nueva crisis de dolor agudo, se arrojó a uno de los vagones, en donde los hombres se impacientaban. Clavó una mirada en las tapias blancas del panteón, y así estuvo hasta que por la distancia se borraron a su vista. Entonces oró con fervor.

Después en una esquina bajaron todos los hombres, la monja quedó sola, y entonces, al verlos alejarse rumbo a la Reforma, pensó en una frase de la Imitación de Cristo, que condensaba el abandono de la muerte: "¿Quién se acordará de ti y quién rogará por ti después de muerta?..."

XII

En la amplia calzada que bordean pedestales de piedra con estatuas de hombres ilustres y macetones de bronce, pasaban, en lento o interminable desfile, carruajes que al paso tardo de los caballos la recorrían hasta llegar a la estatua de Cuauhtémoc, reanudando después la fastuosa procesión. Era tarde de combate de flores y casi todos los coches se escondían detrás de una fragante capa que cubría los costados, el frente, el pescante y hasta los arneses de los caballos y los ejes de las ruedas, con una exuberante y magnífica floración que perfumaba el aire.

Caía la tarde y el triunfal crepúsculo de primavera se desvanecía con tintas suaves de un lila tierno, con vagas transparencias azuladas, con tenues tonalidades de un rosa pálido, convirtiéndose luego en un color de ámbar, que aumentaba en intensidad, haciéndose rubio, luego amarillo encendido, y llegando al fondo del horizonte se inflamaba en un jirón de púrpura sangriento, en un celaje ardiente color de oro fundido y llameante que incendiaba el cielo sin nubes, rojo como un pabellón guerrero que se extendiera sobre la masa negra de Chapultepec, que irguiendo sus árboles frondosos, limitaba el paisaje en un fulgor radioso de apoteosis que bañaba con rayos estallantes las copas cubiertas de hebras de heno, que semejaban las canas de aquella vegetación titánica y secular.

En las aceras de la calzada se apiñaba la gente; a la derecha las mesillas del Café Colón se llenaban de parroquianos y los mozos de mandil blanco corrían precipitándose, llevando en las manos grandes charolas que desbordaban. Una familia burguesa pedía a gritos cinco amantecados; en la mesa inmediata un grupo de estudiantes atronaba el aire con ruidosas carcajadas, y más allá un ebrio silencioso miraba con ojos turbios el fondo de su copa en donde el coñac apurado dejó sedimentos color de topacio.

Sobre el barullo que formaban el estrepitoso fragor de los carruajes y los mil acentos confundidos de todo ese hervir de gente que hablaba a un mismo tiempo, caían vibrantes con sonoridades metálicas las cascadas de armonía que una banda militar dejaba escapar de los senos de latón de los instrumentos, tocando un vals de notas alegres y precipitadas, que estallaban como risotadas estruendosas, con un ritmo loco y canallesco de cancán. Y surgían los arreglos con chasquidos voluptuosos de

besos lascivos, aumentando siempre, creciendo a cada compás, con risas argentinas y murmullos arrulladores, de melodía traviesa, llegando a una suprema vibración llena de rumores, y desmayaban luego, apagándose poco a poco, debilitándose cada vez más, como sofocados, trémulos, con sollozos de espasmo y pequeños gritos de éxtasis delirante, extinguiéndose al último en una nota que ondulaba como un sensual suspiro de pasión.

¡Era la fiesta de la primavera victoriosa! El triunfo de la deidad, que había venido rompiendo la cárcel de hielo en que la aprisionó el viejo invierno, para poner en las ramas de los árboles guirnaldas verdes y hacer emerger de la tierra oscura las amapolas rojas y los lirios de nieve; era el carnaval fastuoso de las flores, la batalla del color y del perfume.

Los coches desfilaban. Primero una victoria cubierta de claveles de todos los matices; los había de un amarillo pálido que tocaba al crema; disciplinados, cuyos pétalos cruzaban delgadas estrías de diferentes matices; rojos encendidos con grandes pétalos color de fuego y blancos con una albura suave de pureza. Luego un landó majestuoso, cubierto literalmente de rosas, desapareciendo bajo ellas, rosas ardientes, luego sonrosadas, después más pálidas, apenas teñidas por una transparencia de aurora, y finalmente de la blancura lechosa del raso. Después un dogcart, pequeño, tirado por un pony diminuto de un negro lustroso; el cochecito iba de azul, con grandes festones de violetas, salpicadas aquí y allá de miosotis, que parecían pupilas curiosas espiando entre el follaje. Después una larga fila de coches, como jardines circulantes y un aluvión de flores, madreselvas rubias, margaritas de oro y plata, heliotropos de color sombrío, gardenias de hojas de terciopelo, semejando estrellas de nieve, azucenas, geranios, amapolas, toda la floración del Valle, rica en matices y en aromas, desfilando con las mil combinaciones de un caleidoscopio exuberante. Y al último, cerrando la marcha, un break enorme tirado por cuatro caballos. En el techo del carruaje, mujeres con vestidos claros de telas brillantes y rubios sombreros de paja florentina, se erguían entre un verdadero parterre sobre un hacinamiento de pétalos y corolas de festones ondulantes y guirnaldas frescas; en el pescante un hombre vestido de gris guiaba, y en la testera dos lacayotes derechos rasgaban el aire con los sonidos hirientes de sus trompetas. Y a esa hora pálida de languidez crepuscular, entre el torbellino de carruajes enflorados que pasaban con efluvios embriagantes de vida, en la regia pompa del sol que se hundía, y del bosque de Chapultepec que parecía arder, se hubiera dicho que las grandes trompetas ensayaban la triunfal sonata de la primavera, el himno victorioso de la vida y de la luz.

En la carretela gros bleu, tirada por un solo caballo, iban Pedro y su esposa. Él pensaba con tristeza en la muerta, abandonada ya bajo la húmeda tierra del panteón, en donde pasaría la primera noche de la eterna sombra, y sentía renacer en su pecho aquel amor que le tuvo y que ahora se despertaba, como si Luisa, con un misterioso hálito de ultratumba, hubiera venido a soplar sobre las cenizas casi apagadas de lo que un tiempo fue claro y radioso luminar.

Pensaba en ella, cuando María le interrumpió:

—¿Te acuerdas?, hace dos años...

Y él meditaba. Sí, hacía dos que Luisa le había rechazado con toda su energía, irguiéndose con fría altivez de mujer ultrajada en el fondo del gabinetito; entonces tristemente, buscando un abrigo en alguna parte, había encontrado a María, y sin amarla primero, fue luego dejándose seducir por la encantadora gracia de esa muñeca vivaracha, a quien adoraba. De Luisa sólo le quedaba un recuerdo vago y triste como de una ligera pasión de juventud; estaba seguro de que ella nunca lo quiso, porque la muerta, orgullosa siempre, se había llevado a la tumba ese secreto que nadie descubrió.

Pero María insistió:

—¿Te acuerdas qué me dijiste?

Y entonces él la envolvió con una mirada de pasión y repuso:

—¡Ah!, sí, lo que ahora repito, que te adoro.

La sombra había ahogado los últimos fulgores del sol; asomaba poco a poco la luna, semejando un lirio de nevados pétalos, en donde las estrellas, brillantes abejas de oro, fuesen a librar la miel de la inmortal juventud, de la inmarcesible primavera. Se encendían los faroles de los coches que corrían a la ciudad, iluminados por ese fulgor rojizo. A lo lejos, en el amplio boulevard, los focos estallaban en explosión repentina de la luz eléctrica, semejando, extendidos en línea, las piedras de un collar de diamantes, de pálida blancura. Volvía la gente al centro, apresurándose, y los coches se deslizaban sobre el asfalto con el sordo ruido del rodaje que acompañaba el uniforme martilleo del trotar de los caballos.

La carretela tomó la fila; María aspiraba a plenos pulmones el aire fresco, que con tibias bocanadas llegaba a ella, despedido, por los carruajes enflorados, y escuchando a Pedro que le hablaba con su vehemencia de poeta, embriagado por el turbador aroma que se exhalaba de toda esa mujercita rubia, extraña flor de profundo hechizo.

—Sí, te adoro hoy más que nunca. Te adoré antes de conocerte, te presentía y te esperaba; eras el alba que anhelaba, la primavera que ansiaba con profunda fe. Sabía que vendrías, que radiosa y magnífica asomarías, así, rosada como la aurora y rubia

como la luz. Luego, cuando surgiste, mi alma se abrió para recibirte, y desde entonces estás en ella, allí vives, allí reinas, allí eres triunfante dominadora, la victoriosa emperatriz, la eterna, la única, ¡oh sí, te adoro!

Esas palabras de ternura loca fueron la postrer paletada que cayó sobre la fosa de Luisa: paletada de algo más frío y más negro que el polvo helado y oscuro del sepulcro; paletada que arrojó el hombre que ella había amado más.

La azulada noche envolvía la tierra en donde dormía su hondo sueño de descanso infinito y de profundo olvido el pálido cadáver de la pobre Bebé.

CUENTOS FRÍVOLOS

El crimen de Margarita

Terminada la comida, mientras las señoras, instaladas en el salón, hacían música y parloteaban al abrigo de los biombos floridos y de los macetones de viejo Sèvres que sustentaban plantas exóticas, los hombres se congregaron en el fumoir, en donde, saboreando el café auténtico, servido en frágiles tacitas de China, seguían con la vista distraída y la imaginación perezosa las volutas acremente perfumadas de los cigarrillos del Khedive ofrecidos por el espléndido anfitrión.

Desde los postres la conversación se había ido animando, chispeante y loca, con bullicio que rimaba el burbujeo alegre del champagne; pero al fin se hizo grave y tendenciosa. Dos o tres clubmen, figuras decorativas en la reunión, habían detallado con voz blanca los encantos de tal cual momentánea a la moda; Schwartz, el viejo banquero alemán, expuso con laconismo mercantil un inmenso trust aún en proyecto; el poeta Agenor, con los ojos en éxtasis, desgranó un madrigal conceptuoso y rimbombante; y después, a propósito del jurado a la orden del día, se habló de delitos y crímenes, y la terminología siniestra, el vocabulario evocador de sombríos espectáculos, eran acompañados irónicamente desde el salón vecino por las sonoridades retozonas del piano y la canción picaresca que servía a la curiosidad femenina una francesita rubia y espiritual, extraña flor parisiense arribada a nuestras playas en el último barco.

De repente uno de los comensales, juez del ramo penal hacía mucho tiempo, hombre de miradas inquisitivas y ademán pausado, interrumpiendo lucubraciones y comentarios, exclamó:

—Puesto que de asuntos judiciales se trata, contaré un caso, trivial si así se quiere, pasional pensando mejor, un episodio aislado en mi larga magistratura, que fallará en breve la honrada incompetencia de algunos apreciables burgueses, constituidos en tribunal, y que habrá de interesar, sin duda alguna, a los flamantes apóstoles del feminismo.

Con movimiento de curiosidad mal contenida, los circunstantes formaron corro en torno del grave funcionario, y éste habló así:

—La noticia ocupó apenas unas cuantas líneas en el haz insustancial e incoloro de las gacetillas de comisaría; pero de entre ellas se destaca con resplandores de espada

flamígera y tonos vigorosos color de sangre. Junto al nombre gris de un ratero que, hurtando un Longines de níquel, adquirió carta de ingreso al Valle Nacional, al lado del apodo de combate del ebrio que, ciego de cólera y de alcohol, embistió con la chaveta profesional a su partner de hacía un momento, entre las riñas de encrucijada y los pequeños robos al menudeo, se escondió el homicidio vibrante que voy a referir.

“Se llama ella Margarita Ramírez. Su rostro acusa una belleza de la clase media, una hermosura de las que se marchitan en el taller de modas, ante la diaria y enorme tentación de las sedas crujientes y de los terciopelos suaves como una caricia. Es un alma femenina probada en el crisol del abandono, fuerte hasta resistir al viejo Mefistófeles que brinda la sempiterna joya a todas las pobrezas; es una humilde obrera que luce ojos radiantes bajo párpados hinchados por la costura y la luz de la lámpara, o finas manos blancas picoteadas por la aguja de labor. Cuando pienso en su vida pasada, reconstruyo el cuadro del hogar immaculado de la sobria mesa de familia, y veo cómo el vicio y el lujo espían aquella castidad desvalida, recordando a los viejos lujuriosos que atisbaban el baño de Susana.

“¡Infelices costureras! ¡Triste falange de almas combatidas por todos los vendavales de la tentación! ¡Pobres cuerpos enfermizos que persigue una cohorte de apetitos brutales: juventudes agostadas por la tarea ruda y fatigosa de vestir vanidades ajenas: anhelos que, como los de la Zizí de Alfonso Daudet, ponen vuelos imposibles en las alitas rígidas del pájaro diminuto que adornará mañana el sombrero escandaloso de la demi-mondaine!

“Margarita es huérfana de padre. Le conoció apenas, en los primeros años de una infancia miserable, desarrollada en los húmedos tugurios de nuestras vecindades populosas. Sólo conserva un recuerdo vago y terrible de la enfermedad que arrebatara a aquel infeliz, saturado de vicios, que, víctima de implacable mal, quedó hemipléjico, atado al raído jergón, paralizados los robustos miembros, inconsciente y estúpido ante el negro desfile de los días sin pan y de las noches sin luz. Luego, la niñez desamparada, el hambre sentándose en el hogar sin lumbre, la pubertad dolorosa y magnífica abriéndose como una corola ávida de aire puro entre las cuatro paredes del lóbrego cuartucho.

“El hermano único, llevando sobre sus endeblés espaldas de degenerado la maldición atávica, el vicio hereditario: alcohólico prematuro, disipado y feroz en su egoísmo. Y sobre las tinieblas de tal existencia, el amor maternal abriendo alas espléndidas, prodigando consuelos, regando rosas sobre las espinas de la senda áspera y cruel, y encarnando en la viejecita ingenua y temblorosa que comparecerá ante el jurado como testigo de descargo y causa involuntaria del homicidio.

“Un domingo la obrera va de paseo con la madre y el hermano. Va a olvidar las horas del taller que se desenrollan, largas y uniformes como piezas de tela; a buscar en el campo ambiente sano para sus pulmones aniquilados en donde la enfermedad ha germinado ya, y luz para sus pupilas fatigadas que cercan las lívidas violetas de la tisis. Y al regresar satisfecha, habiendo hecho provisión de alegría para una semana de ignorada y anónima labor, en un barrio lejano del centro es atacada por cuatro forajidos sin conciencia que la despojan bestialmente de sus humildes alhajas de mujer económica, golpeando con una piedra del arroyo las sienes encanecidas de la madre y derribando sin sentido a esa ancianidad suplicante y aterrorizada.

“Entonces, mientras la cobardía pone alas en los pies del hermano, Margarita Ramírez empuña una pequeña navaja de bolsillo, y transfigurada, sublime de amor filial, con energía inusitada en su débil musculatura femenina, con certeza implacable en su mano de costurera, acomete, hiere y mata... Después la escena trágica en la semioscuridad de la calleja: el rostro desencajado de un cadáver, un herido revolcándose en tierra, la madre ensangrentada y sollozante, la heridora, pálida como la ira y muda como el espanto, conducida entre gendarmes a la comisaría... y la explosión rabiosa del afecto más santo abriendo a la hija las puertas de una bartolina.

“Éste es el caso. La ley lo examinará detenidamente, echando en la balanza todos sus detalles el Ministerio Público, con lujo de citas y profusión de metáfora, exhibirá los artículos rígidos y sin nervios del Código Penal: acaso la pasiva indiferencia del jurado estigmatice ese estallido de valor indómito, y entonces caiga una condena sobre ese épico alarde de amor filial: ¡la justicia humana es tan falible e imperfecta! Pero la eterna, la inmovible justicia, ¿cómo llamará a Margarita? ¿Ha sido esto un vulgar homicidio o una bendita y heroica abnegación?...”

Calló el grave funcionario. El judío alemán acumulaba réditos hipotéticos en su cabeza de cucurbitácea; los niños del club organizaban un bacará endiablado; del salón vecino llegaban escalas desfallecientes, de una melodía moribunda, y discretas risas de mujer brotando aladas y argentinas, junto a los biombos orientales y bajo el ancho y reluciente follaje de las plantas exóticas.

La muerte de Heliogábalo

El epigrama callejero, fácil y desenfrenado, bautizó a aquel ser extraño, enfermo de hambre y de alcohol, con un nombre que era un sarcasmo: le llamó Heliogábalo.

Era un infeliz encanijado y enteco, mal cubierto por harapos de color dudoso, encasquetado un viejo sombrero roto que dejaba asomar un matorral bravío de la cabellera hirsuta, y calzado por zapatos demasiado grandes, de torcidos tacones, que parecían contraerse en muecas lastimeras. El rostro, cuya palidez de famélico hacía aún más intensa la barba nazarena, lacia y despeinada, estaba tan lejos de la hermosura femenina del César oriental, como distaba del nombre hierático y sonoro del degenerado emperador el apellido vulgar de aquel mísero y desheredado, mendigo a veces, mandadero a ratos, eterno azotacalles, e inevitable, aunque mal visto, concurrente a cantinas y cafés.

Nadie supo de dónde había venido, ni el problema preocupó a ninguno. Tipo provisional, legendario casi, México entero le vio durante muchos años ejercer todas las pequeñas industrias que son el monopolio de una numerosa clase, todos los oficios de ínfimo lucro que se exhiben, vergonzantes o cínicos, a la salida de los teatros, en ese parque de ociosos y rateros que se llama el Zócalo, en las puertas de los grandes almacenes o bajo las arcadas de piedra de los portales.

Billetero al principio, colgada al cuello una cadena de cobre y pendientes de ella las tijeras mohosas, en una mano la cartera encerrando el fajo de billetes y las listas de sorteos pasados, y en la otra "el último cuartito para luego", sentó sus reales en el atrio de la Catedral, persiguiendo con tenacidad infatigable a los empleados que por allí transitaban rumbo a los ministerios, con aire presuroso de burócratas informales, a los excursionistas yankees que se dirigen al Museo, a los viejos cesantes que toman sol y rapé en las banquetas de hierro, a todo ese mundo híbrido y heterogéneo que se entrecruza por las callejas del jardinillo desde las primeras horas de la mañana hasta que las broncas esquilas de la basílica dejan caer en el ambiente crepuscular el toque de oraciones.

Papelero después, esperó la salida de los diarios en el quicio de la tienda, frente al puesto de hojas en donde la vendedora soñolienta escancia el café aguado, la

infusión aromática y el aguardiente áspero a los obreros que hacen la mañana soplando sobre sus manos ateridas por el frío, a los cocheros de alquiler que desde el pescante de la calandria apuran el contenido de la taza desportillada, y al gendarme relevado que va a rendir, llevando, encendida aún, la linterna, cuyo fulgor amarillento se desvanece entre la luz cruda y mate de la madrugada. Y mientras doblaba los periódicos, húmedos todavía de la prensa, vio pasar a las vacas de las ordeñas con andar perezoso, a los panaderos acelerados, sosteniendo en la cabeza grandes cestas repletas de bizcochos, a los trasnochadores rezagados que vuelven a casa, a las ancianas tosigosas que van al templo. Y luego, entre los mil ruidos de la ciudad que despierta a la vida, voceó El Imparcial por las calles aún desiertas de la metrópoli, en las estaciones de ferrocarril, cerca de los tranvías que parten de la plaza y en las puertas de baños y peluquerías.

Más tarde fue revendedor frente al Teatro Principal, luego mensajero uniformado, después... ¡sábelo Dios! La escala de peldaños sucios y desvencijados se perdía en los bajos fondos, con los mil episodios de esa lucha por la vida, desesperada y odiosa, que día con día arroja un puñado de existencias torcidas, enfermizas o apagadas a los separos de las cárceles, a las salas de los hospitales o a la promiscuidad anónima y terrible de la fosa común.

Sin embargo, en aquella onda amarga de abandono, la vida oscura del Heliogábalo flotó, y el náufrago hambriento y semidesnudo, logró sobrenadar por breve tiempo en esa hampa lamentable, desconocida, encanallada, que en todas las grandes poblaciones integran los detritus sociales de la colectividad.

Comenzó entonces la etapa más negra de aquella existencia, triste como una agonía, que, por fortuna para él, no fue larga, y en ella conquistó el apodo sarcástico y cruel con que lo zahería la turba de desocupados que circula "desde las puertas de la 'Sorpresa' hasta la esquina del Jockey Club".

No se le veía ya, como antes, en las horas matinales; pero cuando en el boulevard comienza a cesar la marejada humana, cuando los coches se alejan al trote largo por la gran avenida, y el burgués va precipitadamente en pos de la sopa humeante, el infeliz Heliogábalo penetraba a una cantina, a cualquiera de esos "bares" en donde se intoxica al público sin que valga el Consejo de Salubridad, y mientras el dependiente dormía amodorrado de codos sobre el mostrador, o se multiplicaba sirviendo a la parroquia, Heliogábalo se lanzaba, famélico y decidido, al lunch, ese maná que la moda yankee sirve diariamente al apetito de la ciudad. Y allí, ante la apagada lamparilla y el mantel salpicado de salsa y regado de troncos de lechuga, el desheredado engullía trozos de pan petrificado, jirones de tortilla fría, restos de jamón

con grasa coagulada o pedazos de salchichón mordidos ya. Era un banquete para su estómago de bohemio, un regalo para sus pobres dientes de trashumante, una orgía gustada a hurtadillas, interrumpida las más veces por el impropio vinoso del cantinero o por el golpe de agua del sifón, cayendo sobre sus sórdidos harapos de mendigo.

Y el alemán que humedece los rubios bigotes en la cerveza color de ámbar, el gomoso que apura un cocktail, el ebrio sombrío que con mano temblorosa lleva a los labios la copa de coñac, reían con la satisfacción de sus estómagos contentos, ante la fuga rápida y avergonzada del pobre Heliogábalo.

Pero una mañana no volvió —¡andaría de parranda!—... Y en la humedad de su accesoria, secas las fauces por la sed, roído el vientre por el hambre, Heliogábalo murió, solo, sin un mendrugo de pan para aplacar su eterna, su voraz necesidad de alimento. ¡Triste rey de burlas! ¡Le llamaban borracho, y cuántas veces se bebió sus lágrimas: le juzgaban glotón, y era un can que sólo vivía de restos!...

Y el burgués satisfecho de las digestiones plácidas, reiría de seguro al saborear su sopa bien caliente, leyendo en un periódico cualquiera la noticia bufa de la muerte de aquel hambriento que conoció en una cantina, de aquel ser anémico y demacrado que robaba el sustento diario, a quien fustigaba el sarcasmo público y que llevó su apodo —un nombre que hace pensar en extraños refinamientos gastronómicos— como una suprema y cruel ironía social.